



POPAYAN—CAUCA—COLOMBIA



Junio de 1913

POPAYAN

REVISTA MENSUAL

Año V—Número XLIX



SUMARIO

	PÁG.
Guillermo Valencia— <i>José Hilario Cuéllar</i>	1
El Señor de la isla— <i>Guillermo Valencia</i>	6
De historia— <i>Gustavo Arboleda R.</i>	7
Canto de Asier— <i>G. A. Muñoz O.</i>	8
Vida de Caldas— <i>Hermann A. Schumacher</i>	8
Miguel Medina Castro— <i>Nicolás Silva G.</i>	11
Intima— <i>Miguel Medina Castro</i>	12

El Administrador, DAMASO ILLERA

Directores :

Antonino Olano, Miguel Arroyo Díez, Arcesio Aragón, Tomás Maya M.

POPAYAN—IMPRESA DEL DEPARTAMENTO



Señor:

Me tomo la libertad de enviar a usted el número XLIX de POPAYÁN, con el cual principia el año V, confiado en que nos favorecerá aceptando la suscripción.



A pesar de las fuertes erogaciones que demanda el sostenimiento de esta revista, se ha hecho una rebaja de gran consideración en su valor, como podrá usted notar al comparar su precio actual con el anterior. Las condiciones y tarifa las hallará usted en la última página de la portada.

Hoy, como antes, la empresa de POPAYÁN no aspira a obtener resultados lucrativos: altos ideales la guían, propósitos patrióticos son su meta; así pueden testimoniarlo todas y cada una de sus páginas.

Que el público acepte y aprecie esta labor y quedará compensado el esfuerzo de la empresa.

De usted obediente servidor,

DÁMASO ILLERA





POPAYAN

REVISTA MENSUAL

Directores :

Antonino Olano

Miguel Arroyo Díez

Arcesio Aragón

Tomás Maya M.

Guillermo Valencia

Baldomero Sanín Cano, con indiscutible autoridad y cariñosamente, ha hecho la presentación de Guillermo Valencia en la *Revista de América*. Queda allí, en marco de oro, nuestro gran poeta, clasificado entre los alejandrinos.

Admirador de Sanín Cano y amigo entusiasta de Valencia, he visto el delicado caer de la luz sobre esa silueta hecha por un corazón que ha puesto allí todas sus complacencias. Viva ella inviolada delante de los ojos del maestro como una sonrisa.

Temeridad sería negar el concepto del crítico, ya que bien se podría abundar en comprobaciones extraídas de *Ritos* y de obras coetáneas inéditas que conozco; sería poner torpes brochazos sobre coloraciones que contribuyen a que se destaque el vigor de un pensamiento.

Mas como Valencia podría pensar con Arboleda: él no está todo allí y así lo siento también yo, he querido, para los que, fuera de Colombia, no conocen sino a *Ritos*, suministrar algunos datos que sirvan para hacer la completa apreciación de la personalidad intelectual de Valencia.

En tratándose de un artista, se impone el estudio del desarrollo de su persona y la exteriorización de su actividad interior. La valía de toda obra literaria que merezca atención debe buscarse en la constitución mental de su autor; y la constitución mental no es sino el reflejo de circunstancias personalísimas hijas del medio y del momento.

Consecuente con esta tesis, he recogido los datos, suministrados por condiscípulos de Valencia, que se refieren al despertar de sus facultades y a su primitiva orientación.

Para probar la predisposición de Valencia a la poesía, se cuenta que, de 8 años, ya buscaba el ritmo en sus libros de estudio y deleitaba a sus compañeros recitándoles lecciones rimadas. De 12 años entró al Seminario y allí se determinaron las preferencias de su espíritu en el sentido de las bellas letras, pues al través de sus estudios de seminarista se puede notar, por el éxito en ciertas materias, la preferencia dada a ellas con exclusión de disciplinas de más fuste. Sus mejores calificaciones las obtuvo en composiciones de prosa y verso, temas y versiones latinas y francesas y en la historia en sus diversos ramos. En esos años y ya cuando conocía la lengua latina, se manifestó una predilección marcada por ciertos escritores que lo atraían sin saber entonces porqué y cuya excelencia se la explicó más tarde, como fueron

Minucio Félix con su *Octavio*, el *Doctor Africano* y los escritos de San Jerónimo. Sobre muchos de esos temas volvió quince años más tarde como se nota en *San Antonio y el Centauro*, *En el Circo*, *Palemón* etc.

Es lo cierto que desde niño fue un lector *enragé* y que buena parte del tiempo que le reclamaban sus deberes escolares lo dedicaba a lectura de obras literarias e históricas, de lo que da testimonio la *Oración de estudios* que a nombre de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Cauca pronunció en el año de 1892, apenas dejado el Seminario, oración que fue publicada en Bogotá en la *Revista*, órgano del Ministerio de Instrucción Pública. En ese mismo año abrió la Gobernación del Cauca un concurso para celebrar el 20 de julio (día de la Patria) y ofreció premiar con una medalla de oro el mejor trabajo que se presentase sobre don Joaquín Mosquera. El de Valencia ganó la medalla que fue entregada, con grandes elogios, por el Ilustrísimo señor don Juan B. Ortiz, Obispo entonces de Popayán, personaje de muy grato recuerdo por su ilustración e inteligencia.

Terminadas las humanidades en la Universidad del Cauca, se dedicó al estudio del Derecho y Ciencias políticas; y si bien terminó esta clase de estudios, no les hizo honor a las aulas por su aplicación, como pueden dar testimonio muchos de sus profesores; aunque en desagravio de la justicia debe decirse que tuvo marcada predilección por las Ciencias políticas, ramo que cultivó hasta ahora.

Los seis años de estudios universitarios fueron de intensa lectura dentro de las mismas aficiones primitivas hasta el punto de haberse hecho conocer honrosamente en Bogotá por su erudición extraordinaria.

Su memoria prodigiosa le facilitó de tal modo el acopio, que en cierta ocasión, cuando aún pisaba los claustros del Seminario Menor, se propuso, como ejercicio mental, escribir los nombres de autores citados por Menéndez Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España*, después de la primera lectura, y llenó varias cuartillas con la inmensa nómina a la que, según se supo entonces, escaparon, si escaparon, muy pocos escritores. En otra ocasión, por apuesta, recitó al pie de la letra, después de un plazo de diez minutos, el canto de Horacio que comienza: *Quo, quo scelestis ruitis*. La carta a los Pisones llegó a recitarla sin que faltara una sola letra en los 476 versos que la componen.

Puede decirse que hacia 1896, cuando por primera vez pisó la capital de la República, no le eran



extraños a Valencia la mayor parte de los escritores clásicos griegos, latinos (paganos y cristianos), españoles y franceses; algunos ingleses, varios italianos, tres o cuatro alemanes y los inevitables Tolstoy y Fourgueneff. En este momento encontró con un hombre a quien refiere Valencia lo mejor que pueda hallarse en su labor literaria; este hombre fue para él una revelación; su alta potencialidad mental, lo profundo y variado de sus conocimientos, su exotismo, su información desbordante, su crítica sagaz y fundada y su benevolencia estimuladora, entregaron a Valencia el desconocido panorama de la cultura moderna. Desde ese día, en torno de Baldomero Sanín Cano, giró el enjambre de los valores nuevos y su labor fue la del que avienta el grano sobre los ávidos surcos que lo esperan. Creo haber copiado casi textualmente la apreciación que hizo Valencia de su grande amigo cuando por primera vez me habló de él.

No me pareció raro el que Sanín ejerciera tal fascinación sobre Valencia, quien tenía la fortuna de acercársele, de oírlo y aprenderle, si sobre mí, siempre ausente, ha ejercido irresistible influjo, y cuenta con que yo por circunstancias peculiares, por una orientación contraria en mis estudios, he aspirado sólo al papel de lector y devoto de los que saben expresar en formas que no morirán, el encanto maravilloso de las cosas bellas.

En Valencia encontró a su vez Sanín Cano un elemento integrante: la exquisita sensibilidad del poeta que le devolvía en frases palpitantes y emotivas el aforismo y la fórmula severa del esteta. Por todo lo que he oído hablar a Valencia al respecto, sé que él estima aquel momento como el de su primavera intelectual y las horas pasadas al lado del Maestro Sanín (así lo llama), como las más fecundas y nobles de su existencia. Sin duda alguna, éste que ha sentido siempre hacia el poeta un cariño verdaderamente fraternal, quisiera aludir a aquellos días y a aquella mutua compenetración de las dos almas, al evocar el sugestivo verso de Hobmatal, que tan inconducente ha parecido a un distinguido periodista bogotano, verso que es sin duda la restauración de un estado de alma, hondamente impresionada por otra. ¿Qué pueden significar sino, aplicadas a Valencia, las palabras de la cita escrita en su idioma original: ¿Mi segundo, mi más querido, mi menos nebuloso yo?

Fue esta la época de florecencia del poeta; precisamente surgía a la hora en que Silva se reclinaba en la muerte, prematuramente cansado, sin haber saboreado el triunfo, por incomprendido, si se exceptúa un pequeño grupo de amigos a quienes él mismo se encargaba de preparar para confiarles el secreto de sus tesoros. Tuve el honor de pertenecer a ese grupo y haber sido entusiasta admirador; y por ello lamenté siempre que quienes lo juzgaban estuviesen tan distanciados del verdadero Silva, del "soñador y aventurero; paradójal maridaje de energía y veleidad; orgulloso, bello, sabio, excéptico y sereno José Asunción Silva, que si no era el hombre maduro para Goethe, si lo hubiese estado para acompañar a Pío Cid en la conquista del Reino de Maya."

Por lo cual *Leyendo a Silva*, de Valencia, llegó a

mis manos como una reparación, como un triunfo de verdad. Ese canto de gloria para el poeta ausente y de misericordia para el hombre que "tuvo la frente en llamas y los pies entre lodo," dijo mucho de la comprensibilidad de Valencia y de todo el amor fraterno y de toda la libertad de que es capaz su corazón. Por donde se ve que no lo atan para ser artista y ser bueno las preocupaciones de su escuela política.

Ritos, ese libro diminuto pero de valor diamantino, recogió la mayor parte de lo producido hasta 1898. Allí están los comprobantes para sacar airoso al Maestro Sanín. Pero allí también encuentro yo motivos para que el poeta saque un pie del lienzo como el San Juan, de Epifanio Garay, trazado en una pechina de la Catedral primada.

Quizá más nutrido que Silva y tan refinado como él, tan aristócrata y dueño de su personalidad, vació de su vino espirituoso en viejas odres y se fabricó nuevas. En aquéllas y en éstas se mueve luminoso el pensamiento que decoran aljetivos impecables. Asomándose al borde se ven surgir como burbujas rubias sus *Motivos*.

Si yo tuviera autoridad para tanto, diría que Valencia es el cantor de la eficacia del espíritu. Sus temas trascendentales, sus motivos todos de selección lo están diciendo. Su amor no lo dijo en estrofas banales, ni gastó ritmos para contentamiento de guitarristas y novias románticas. Su amor callado se pasea por *Croquis*, por *Anarkos*, por el mundo.

Al mentar a *Anarkos* pienso que el poeta se fuga del molde alejandrino, pues que plantea y afronta un formidable problema social. Y si se duele del escuálido minero, de esa tribu pálida "como el rostro de la Anemia," de todos los que no vieron sol ni flores, de los desheredados e irredentos de esta edad, que no probaron la alegría del vivir, se preocupa por la solución, la estudia y la propone.

Cantar a *Anarkos* en el medio y a la hora en que se hizo, fue audacia suma. Al través de las estrofas se despereza el monstruo que pone pávidos los rostros de los felices de la tierra; por allí pasa un dolor rebelde, una protesta muda de siervos inconformes y palpita el odio a la hembra dura, artificialmente estéril, que luce las gemas extraídas del socavón.

Esa serie de cuadros unidos como las piedras de un collar que los vincula sin confundirlos, en forma que los diversos fragmentos del poema pueden vivir aislados y no obstante concurren dentro de su individualidad a la resultante del poema. Se advierte también en él una espontaneidad llena de vehemencia, que está reñida con el amancramiento de cualquier escuela pretérita o presente. Ese canto tiene la fuerza vital del grito y la naturalidad específicamente humana de las interjecciones. Salvo el repiqueo del consonante, esos períodos recuerdan los trozos más enfáticos en los discursos de Valencia. Son verdaderos períodos oratorios que se suceden bajo un ritmo poderoso de vehemencia y de ira.

Y si el poeta suscita o aboca arduas cuestiones sociológicas, si baja a las simas del dolor humano para indagar la causa, si vuela como el águila para otear en el valle infestado las víctimas que abandonó la caravana y dar el grito de alarma, el escritor se



muestra combativo, audaz, innovador. Como jefe de una agrupación política, él resiste a la enemiga pujanza en defensa de los suyos; y cuando estalla el conflicto, su pluma, de reposada, de mesurada, tórñase ágil, incisiva, hiriente. Es entonces un verdadero campeón, apasionado por el éxito de sus ideales y trabaja y lucha sin tregua, fustiga y atormenta al émulo. Dentro del enamorado de la belleza, del artista cincelador inimitable del verso, del contemplativo, del estudioso, está un hombre, una fuerza lista al combate. Aquí se recuerda gratamente una justa entre los hermanos Guillermo y Francisco Valencia por motivos eleccionarios y en que ellos eran jefes de sendos partidos. Eso fue de chispazos, de ingenio, de salero, de lujo de intelectualidad.

Puede decirse que en todo escritor, si merece este nombre, existe algo así como un núcleo central y dirigente de donde emanan todas las formas de actuación intelectual, por antagónicas que parezcan, con un sello que les es propio. En los métodos matemáticos de Pascal, por ejemplo, hay algo que es inconfundiblemente pascaliano, un giro, un aire de familia que hace advertir el parentesco entre los métodos geométricos, los Pensamientos y las Cartas Provinciales.

La tesis que expresó Buffon con su resobada frase, continuará siendo verdadera mientras dure el hombre, pues el estilo no será otra cosa que el fiel trasunto del temperamento. Aun los que estudiadamente, con criterio verdaderamente alejandrino, se han empeñado por ocultar el yo a todo trance, en provecho exclusivo de la obra objetiva, como Flauvert, al través de las frases rígidas y heladas, se miran palpitan las propias entrañas del autor. La inmovilidad de las vestiduras, no impide entonces el ritmo de los corazones que ellas velan. Y esta ley lo mismo se aplica a los maestros que a los autores de menor fuste siempre que tengan una individualidad fuerte y maneras características.

La obra toda de Valencia es el producto de un espíritu en tensión, poco bien hallado con la rutina; su programa artístico se asemeja al de los aviadores modernos: tiene como campo el espacio y como sistema el impulso. Su temperamento nervioso, comunica cierta exaltación a su frase; amplifica penosamente; su capacidad más bien que analítica es sintética; tiene tendencia irresistible a condensar, lo que explica su predilección por el simbolismo a buscar fórmulas concisas que expresen múltiples estados de alma. En las rarísimas descripciones que contienen sus obras, se nota ese esfuerzo hacia la eliminación de materia prima, lo que explica también su predilección por la pintura impresionista: en la sugestión estriba la fuerza de su arte. *La Parábola del Monte* es el ejemplo típico de esta concepción artística.

Debe hacerse, sin embargo, un distinguo: si Valencia se ha mostrado innovador en más de un punto, su respeto por la pureza del idioma reviste en él formas reverenciales. Son contadas las alteraciones sintáxicas a que lo haya llevado la inspiración; su vocabulario aspira siempre a limpia y elevada genealogía, lo que apuntaron ya en frases preciosísimas don Juan Valera, don Rufino J. Cuervo y don Julio Cejador.

Esta distinción idiomática ha dificultado a muchos la clasificación literaria de Valencia, pues su forma esmerada le ha dado ante algunos prestigio de cultivador clásico; quiénes lo han estimado como simbolista, quiénes como parnasiano, entre ellos Cejador; otros lo han tildado de decadente. En cuanto a mí, encuentro en su obra producciones según los métodos de estas distintas escuelas literarias, si bien resplandece en todas aquellas un culto exquisito de la forma idiomática como es fácil verificarlo.

Hay un error muy propagado acerca de la manera de producir Valencia. Comúnmente se cree que su obra es hija de largas vigiliadas y de un limar incesante, cuando por el contrario y, contra el precepto clásico, nunca deja dormir lo que escribe, que casi sin cambio alguno pasa del cerebro al papel. Por una especie de germinación inconsciente, la obra de Valencia se prepara y aparece en su forma definitiva. Afirmación que no sorprenderá a quienes le oigan discurrir familiarmente sobre temas ocasionales. *La Parábola del Monte* fue dictada, a medida que la componía, al poeta Eduardo Castillo, que acaso lo recuerde.

Si, al sentir de Faguet, el alejandrismo no es más que un estado de alma, la tendencia al reposo después de un período de agitación; si ampliando más el concepto, cabe en él la labor literaria y artística de los romanos; si puede estarse allí cómodamente el enorme Víctor Hugo, no creo que pueda excluirse de esa escuela a ningún poeta moderno. Difundidos tan ampliamente los conocimientos humanos, queda la tarea de pulimentar, de diluir, de combinar variaciones sobre el tema dado. Los que pudieran llamarse creadores, dejaron bloques de oro, materia diamantina que una colmena de artistas ha seguido cincelando durante siglos. Pero cuando se abren las alas hacia el futuro, en vez de constantes regresiones al pasado, hay que desclasificar y contemplar el águila osada que recorre desde los hondos valles hasta las altas nieves, sola, libre, poderosa.

Repito que no presumo de escritor, y por lo tanto, estas notas no tienen otra mira que la de serle útiles a quien con mejor título estudie la personalidad de Valencia. No he de dejar por eso trunca mi tarea. Sobre ser un poeta que ha ido gustando más mientras mejor conocido, es un orador de nombradía en Colombia, la tierra de Carlos Cortés Lee.

Quien haya visto la elegante figura de Valencia inclinada sobre la multitud, vibrante, la negra pupila como una ascua y crispada la mano aristocrática, lanzando el verbo amenazador o compasivo, me sacará airoso si digo que el orador llega a la altura del poeta.

Y para demostrar mi aserto, copio el discurso pronunciado en el sepelio de doña Mercedes Diago de Vernaza, que me parece una verdadera joya. Igualmente insertaré un trozo de la hermosa oración hecha el día de la inauguración de la estatua de Caldas en la plaza de Popayán. Y para agrado de prosadores, tomaré un párrafo del trabajo sobre *El San Marcos Evangelista*, del pintor Acevedo Bernal. Además me permito remitir, a quienes tengan la paciencia de leer estas líneas, al escrito que bajo el epígrafe de *José Asunción Silva* se publicó en esta



Revista con motivo de un prólogo del señor de Unamuno.

Y el traductor? ¿Quién me dará un intérprete más consciente y exacto del pensamiento y del sentir ajenos? Pasma la sencillez, la facilidad con que resultan vencidas las enormes dificultades de verter sensaciones o ideas, frutos de refinamiento. *Las Manos* o *Páfila*, escritas por D'Annunzio en el idioma más flexible y melódico, emergen gloriosas entre adjetivos españoles que concurren a un conjuro de belleza. De Mallarmé hay versiones de tan gallarda estructura, que se diría que sobre la grandeza de la concepción se cierne un hábito nuevo de vigores.

Tiene Valencia el tino especial de acertar con el término más apropiado para expresar conceptos y es insuperable en la escogencia del adjetivo.

Manos sabias habrán de ejercitarse en este mismo asunto; que descarten lo que sea hijo del cariño y de la admiración, pero que dejen vivo al poeta, vehemente al orador, espontáneo y nítido al escritor, fuerte y libre al hombre.

JOSE HILARIO CUELLAR

DISCURSO ANTE EL CADAVER DE DOÑA MERCEDES DIAGO DE VERNAZA

Señores:

En esta trágica urna hay encerrados un gran misterio y un dolor mucho más grande todavía: el misterio que circuye a cuantos se van para no volver nunca, y el dolor, el inmenso dolor, el incomparable dolor que, cual de fuente inexhausta, parece fluir en torno de la joven madre a quien la vida entregó desnuda e indefensa a la miseria del sepulcro.

Sobre nuestros hombros ha venido hasta aquí. Los fieles amigos y afortunados que la han conducido al adusto retiro, por momentos han debido de creerse no ya portadores de inerte criatura, sino los elegidos para llevar a una reina en reposo, melancólicamente reclinada bajo un baldaquín que por capricho y para contraste dispusiera su dueña fúnebremente engalanado. Mas ay! hemos llegado al término: la barca negra está aguardando; el cadáver de Ofelia — visión blanca coronada de rosas — se ha balanceado brevísimamente sobre las aguas negras de nuestras amarguras; y en este duro trance nuestro pensamiento se ha hecho torvo; cuanto nos rodea parece prolongada visión de cosas sin sentido: el color no vibra, vagan sólo aromas de muerte, el ritmo se ha vuelto desabrido, y nuestros corazones palpitan monótonamente como si dentro de cada cual hubiese muerto hoy día la mejor esperanza. Cómo nó, si tu muerte, oh dulce amiga, es la muerte de la Alegría!

Ocurre con aquellos seres que han vivido intencionalmente las dos vidas, la del espíritu y la del reino exterior, un fenómeno extraño: por modo tan hondo influyeron el medio en que vivían, que ya idos continúan actuando, en forma que cuanto fue de ellos, cuanto pensaron, dijeron o sintieron en el tiempo, brotó para el mundo con caracteres de permanencia: todo ello trajo algo así como una alma inmortal entre lo vulgar que se mustia y fenece. ¿Quién de

nosotros, si nó, podrá olvidar jamás ese vaso de gracia, prolijamente cincelado para guardar el más extraño y grato de todos los aromas? El pomo, roto está, mas el perfume flota en el ambiente, y semejante a aquellas preciosas esencias de que nos dicen los libros orientales, cada hora, y cada día y cada año y cada lustro no aminoran la virtud deleitosa, antes van perennemente difundiendo hacia el futuro entre recuerdos y suspiros. El porte imperial que la hermosa lució en la vida revivirá con aire soberano donde quiera que el ritmo congregue a aquellos venturosos que la vieron pasar, sembradora gentil del noble gesto que perdura, y su cabeza olímpica y cesárea vivirá en el fondo de nuestras conciencias tan hondamente grabada, como surge en relieve el perfil de Berenice sobre el bronce de las medallas antiguas.

Su sangre pura circula hoy en un hermoso grupo de pequeñuelos que encarnarán en breve las extintas glorias de quien supo realizar el milagro de la gracia, diafanidad de la *materia impregnada de alma* . . .

En la viña negra de la muerte fue cortado hoy el racimo más cargado de mieles. La joven madre, que en la vida no conoció el dolor, no ha llegado a esta playa árida, como llegaremos muchos de nosotros, con las plantas sangrientas. Ella nació y vivió feliz: cristalina burbuja en el torrente de la vida, no tuvo otra misión que reflejar el iris, y, súbito se diluyó contra el escollo de la Muerte. . . . El Dios bueno ha debido de sonreírle en los umbrales de la difícil puerta.

En su sepulcro no se esculpan figuras llorosas: írgase sólo en él, entre palomas votivas, aquel buen genio en quien el Paganismo simbolizaba el Reposo eterno: mancebo esbelto, lánguidamente recostado a un árbol, las manos enlazadas sobre la juvenil cabeza y los párpados cargados de sueño.

Para ella, el epitafio de Meleagro:

Salud oh Tierra, madre universal, salud! Sé ligera para esta niña, ya que ella pesó tan poco sobre tí.

FRAGMENTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO AL INAUGURARSE LA ESTATUA DE CALDAS

Pero no todo es duelo mientras ondula al viento sembrador el iris de nuestra bandera, la bandera en que se envolvió para morir Colombia la grande. De la fosa común donde la muerte desató los huesos de cuatro víctimas, surge hoy trasfigurada, en esta evocación mirífica, la suspirada imagen de nuestro Caldas. Las cuerdas que cifieron esos brazos pujantes, trocado se han en guirnalda de flores campesinas que entregan sus aromas a la libertad de las auras. ¡Vedlo cómo alienta en su vida de bronce, al soplo que le infundiera el pulgar plasmante de un latino armonioso! La poderosa cabeza de suave curva oval, urna de genialidad que encierra el Cosmos, se inclina, — ensimismada, — a la pesadumbre interior. La frente, relevada por aristas geométricas, simula hacia el cabello las entradas profundas que cavó sobre roca viva el ímpetu constante de las olas airadas de un mar siempre agitado, mientras abajo,



la constricción del ceño musculoso y palpitante semeja un nubarrón todo cargado de centellas. Las pupilas, en la divina ceguera de la estatuaria, parece que sondean el loco abismo de Pascal, con un mirar ausente de la tierra, ébrias de misterio, perdidas por el infinito. La diestra mano, en flexión diligente, está aguardando, armada del prodigioso estilo, el mandato creador de aquel Olimpo en llamas. Y todo confluye en esa síntesis de músculos que traducen la fuerza interior, a figurar a Caldas, en su hora genial: la del pensamiento. Díjérase que se le siente calcular!

Cabeza y brazo bastarían por sí solos a glorificar todo el proceso mental del ilustre hombre; mas como la mera idealidad no alcanzase, históricamente considerada, a caracterizar al prócer, encarna la siniestra mano una armoniosa transición que está ligando la categoría del pensamiento con la de la acción visible. Ese brazo extendido canta la actividad, pregonando el fruto conseguido por el esfuerzo del que piensa. Si aquel junco flexible—que siempre llevó Caldas—evoca un detalle personal, las hojas de *El Semanario* realizan el emblema histórico que enlaza al pensador con su suelo nativo. De allí adelante, es el andar enérgico y sin tregua para prezo de Colombia. La Astronomía misma quedó en segundo plano; el enigma de los cielos ha cedido a un empeño más concreto, más urgente y más humano, en la vida del Sabio: la gloria de la Patria! Súbito un cuerpo extraño detiene el paso al geógrafo y al naturalista: ese fusil tendido en el camino ha desviado a Caldas en su inmortal faena, y sin poder siquiera descalzar las botas que hollaron la corona de nieve del arduo Chimborazo, recogerá el patriota el fusil redentor y continuará su marcha buscando siempre la solución de algún problema, con la obsesión perpetua de trasportar el equilibrio que le enseñaron los astros, a las efímeras relaciones de los hombres. Y la figura toda alienta emancipada de lo caduco circunstancial, vivificada por el infinito que seguirá alimentándole su interna vida con esas dos fuerzas misteriosas: el silencio y el tiempo!

Hoy comienzas, oh Caldas, una nueva existencia. Nuevo decoro presta, a la ciudad que te aclama, la augusta majestad de tu efigie. Este foro, que así con tu presencia magnífica, será desde este día un lugar sagrado. Del pedestal que manos agradecidas te alzaron con amor, alumbrarás en el futuro el proceloso curso de nuestra vida pública como un enhiesto faro cabe el piélago que hinchan los ciclones.

¿Qué voz descompasada osará en lo porvenir levantarse desde los comicios populares a profanar este santuario? ¿Será posible acaso que balas fratricidas desgarran otra vez ese pecho sagrado? Oh! no! Juremos todos venerar este sitio trayendo a él, como ex-votòs, los abominables instrumentos de la venganza!

Tú como un genio protector, irradiarás tu gracia, transformándote con las horas: el rayo matinal teñirá tu rostro apacible de suaves resplandores, propicios a los que siguen la senda fatigosa de la sabiduría. Más tarde cuando el sol vuelca sobre la tierra su crisol encendido, te alzarás poderoso, triunfal, incombustible, convidando a los hombres a la lucha fecunda. Al declinar el día, el pensamiento inacaba-

ble que concentras hallará consonancias en la luz misteriosa del crepúsculo, mientras te irgues soberbio, ya vencida la tarde, como un profeta airado, de espantables visiones, que maldice entre las tinieblas y emplaza y amedrenta. En las noches estrelladas, túnica de luz sideral, vestirán los cielos ardientes al buzo audaz de sus abismos.

Y tú desde esta altura confirmarás al vacilante, sostendrás al que claudica, confortarás al débil y enseñarás a todos aquella palabra incéfable que sirvió de alas a tu sabiduría, de aroma a tu virtud y de consuelo adormecedor a tu trágica hora: el santo nombre de Dios! A tus plantas sembraremos un laurel y un olivo para ceñir en sus gajos a los futuros vencedores, y por ofrenda al sabio y al patriota y al mártir y al latino, te consagraríamos de hoy más el único árbol digno de tu virtud y tu sabiduría: el *ahoma blanco* de los Aryas, símbolo de la inmortalidad!

SAN MARCOS EVANGELISTA

Su Evangelista es un judío al par que un griego. La energía dominadora; la terrífica severidad del profetismo; la barba-pastoral como en los reyes primitivos, conductores de rebaños bajo el mirar cariñoso de los Elohim paternos, sacerdotal y diáfana como en Melkisedek, agitada y polvorosa como la de Moisés, cenicienta y rizada cual la que viste el labio-cráter de los Profetas coléricos, enmarañada como en "el hombre vestido de pelos de camello";—los musculosos brazos donde la fuerza duerme, tremendos con el pico que derriba templos y decapita dioses; la dureza de cuello y la rigidez de la columna vertebral, proverbiales en los Semitas, que inspiraron por ello en Alejandría, tanto saleroso epigrama: esto, lo que Juan Marcos ha heredado de su raza. En él palpita la eterna lucha de Israel contra el mundo. Su mente ha comprendido esta palabra: Iahweh. Es el semitismo andante que se detiene a descansar un momento.

Grecia le ha dado el ojo, y apartándole la mirada de la tierra que pisa, le ha echado la cabeza hacia atrás, porque pueda sin trabas sondear todo horizonte y espaciar la vista por los desiertos sin límites. Sin el halo fosforescente que oscila en su cabeza, dijérase un Edipo condenado a cargar eternamente la melancolía de su sino, al lado de otra Esfinge, verdadero león con alas de ángel. Y si a sus manos, ágiles y nerviosas, llevamos una lira, oiremos la leyenda de Ulises prudente de boca de otro Homero sentado a la vera del camino sobre algún pedestal múmero de la sicos antigua. En el ceño relampaguea la dureza de los legisladores de Esparta.

Esa fisonomía no está rigurosamente contenida dentro de los caracteres típicos de una sola familia. Pertenece a un individuo de la Raza Eterna que ha escrito en estilo eterno para todas las razas.

En la ejecución de la obra el pintor no usó de procedimientos complicados. Una figura simbólica, tranquila (en consonancia con la inmovilidad del edificio que decora), grandioso en su simplicidad,



hondamente sugestiva, sin virtuosidades técnicas que hagan olvidar la tendencia por los efectos buscados; anatómicamente verdadera en la apostura, sin rasgos delimitadores que subdividan una del personaje, emancipado de cuanto le rodea; armónica de líneas que sin torturarse en desarrollos inverosímiles, precisan detalles característicos para fundirse luego en una síntesis donde resplandece la manera consustancial del apóstol: hé aquí los caracteres primordiales de esa pintura. Cuanto al colorido, concuerda por lo humilde y sobrio con el espíritu del tema.

Para pintar un vidente del *País de los siete ríos*, donde el color recorre todas las gradaciones, desde la palidez láctea de las auroras hasta los rojos de granada en los ponientes, sentaría bien la opulencia triunfante de las paletas venecianas, que no cuadra al trazar un hijo de arenosas soledades soñolientas, tendidas bajo un cielo sin nubes y una luz sin contrastes, en donde solamente una palmera rompe la monotonía de ese paisaje desolado que evoca en los espíritus por única imagen un corcel ligero, una lanza fluda, una linda morena y un camello acongojado.

Aparte de que el gris se armoniza mejor con el genio arquitectónico en la pintura decorativa, cifra también el hondo valor representativo que le ha dado la estética moderna. ¡Dijérase un esfuerzo de la melancolía por convertirse en materia! Cómo nos deja sentir la atmósfera de las edades muertas; cómo patentiza (el caso de Chavannes) la noción pesimista de la vida, cargada de opacidades plomizas. Si nuestros irascibles académicos no se congestionasen, diría que Acebedo Bernal, en torno de Juan Marcos, ha pintado el tiempo que tiene color gris.

Muchas veces al remirar la figura inquietante del Santo Evangelista, me he complacido en imaginarlo en los días postreros de su episcopado alejandrino, preparándose para el martirio y repensando las extrañas peripecias de su existencia. Vedle con el ojo átono ante el mundo visible, pero cargado de "miradas vueltas hacia el interior". Como tropel de olas en un mar sin orillas, ruedan por el espíritu del *apaxios ábrup*, los sucesos en que ha actuado, los paisajes que ha visto, los años que ha vivido, la dura *Judea ardiente y monótona como una serie de versículos bíblicos*, y el lago donde erraba, semejante a un loto fantástico, la pálida figura de Jesús Nazareno; Antioquía, con sus extraños adivinos y sus teurgias medrosas; Alejandría, con sus sofistas; Roma cristiana, con sus arenarios, y Babilonia segunda, con su Antecristo ventruado y su alígero Mago. Escucha los estertores de Pedro; ve saltar bajo la espada, entre un charco de sangre rojo, la formidable cabeza del hombre de Tarso, y se estremece ante la innúmera falange de confesores cuyas testas admirables y dolientes, llenas de expresión, luminosas de alma y cansadas de vivir, alumbraron convertidas en antorchas, en la noche del 26 de agosto del año 64, los jardines floridos del César loco. Parece no advertir la blanca dilatada teoría de espíritus alados que bajan hasta él, trayéndole de otro mundo suaves palabras de consuelo.

¡El momento es solemne! El león alado de Ezequiel ha encontrado ya su compañero y se le acerca rugiendo, y Juan Marcos, profeta de las siete soledades, cuya barba, pelo a pelo ha teñido en blanco la fatiga de la Sabiduría, en esa desolación soberbia, bajo esa luz exaltada está viviendo de la vida del alma, de una idea, de un recuerdo, de una esperanza.

En vano el tiempo ensayará zumos corrosivos contra la creación de nuestro artista admirado y amado. Cuando la injuria eval haya desteñido la obra del pincel, esa noble figura, trazada en hora bendita sobre un muro nuestro, se irá evaporando hasta desaparecer transformada en una nube de un gris indeciso, como los tiempos en que vivió Juan Marcos, hijo de María (hermana de Bernabé), discípulo de Pedro, compañero de Pablo y autor indiscutible del segundo Evangelio.

El Señor de la isla

(DE ESTEFAN GEORGE)

*El Señor de la Isla
que hay en el Sud, nos dijo la leyenda
que narraban sencillos pescadores,
a la luz del hogar, bajo su tienda:*

*en la Isla dorada,
donde perfuman como abiertos pomos
ricas gomas y verdes cinamomos;
en la Isla silente,
donde, al canto de límpida corriente,
brillan las gemas de color suave,
hubo un extraño morador: un ave!
De pies en la ribera,
su pico de marfil descogollaba
la más alta palmera;
cuando sus alas, rojas
como sangriento caracol de Tyro,
turbaban el murmullo de las hojas
al revolver en el ambiente puro,
lentas, pesadas, flojas,
asemejaban nubarrón oscuro.*

*De día siempre oculta
bajo las ramas, al caer la tarde
posábase del mar en las orillas,
donde mezclaba el viento,
del ave rara el flauteado acento
y el olor de las algas amarillas.
Sacando la cabeza, los delfines
amadores del canto
llegaban de los últimos confines
en constelado coro,
y al golpe musical de sus aletas
cruzaban por el piélago saetas,
chispas doradas y plumajes de oro.*

*Así vivió los siglos. Indiscreto
el ojo de la humana criatura
no la midió, violando la espesura;*



*el naufrago, tan solo,
que de sus antros lóbregos Eolo
arrojó sin piedad, tal vez oyera
cantando en la ribera
al morir de una tarde silenciosa. . . .*

*Cuando por vez primera
llevó su leño un ágil navegante
a la Isla distante,
se puso el ave a contemplar a solas
lo triste de la estela
en las intactas olas
donde flotaba la dormida vela,
y subiéndose al ápice de un monte
vio por última vez el horizonte
de su playa querida
de su Isla desierta,
y, las alas enormes desplegadas,
con grandes voces de dolor ahogadas
llenó la inmensidad, y cayó muerta. . . .*

GUILLERMO VALENCIA



De historia

Santiago de Chile, 18 de marzo de 1913.

Señor don Miguel Arroyo Díez, Director de la Revista POPAYÁN — Popayán.

Muy distinguido y apreciado amigo:

En algún periódico hebdomadario de esa ciudad he leído, con asombro, unas piezas relativas al centenario del fusilamiento de Caicedo, Macaulay y varios soldados de las fuerzas del Valle del Cauca, por cuanto se afirma que los nombres de los diez y seis compañeros de aquellos jefes son desgraciadamente desconocidos.

Da tristeza, mi amigo, que no se lea en nuestra tierra o que no se tome nota siquiera de lo que se publica y que puede ser interesante, ya que no por la firma que lleve, sí por el asunto. Los nombres de los sacrificados, que fueron diez, y no más, aparte de los dos jefes, se publicaron en el *Correo del Cauca*, de Cali, enviados por mí a raíz de una publicación del doctor Belisarios Palacios, quien se lamentaba de que no quedase memoria de los nombres de esos mártires y de los compañeros que fueron a morir en el oriente ecuatoriano. A ese periódico me permito remitir a los señores Director de Instrucción Pública y Presidente del Concejo Municipal. Allí mismo se encontrarán los demás datos relativos al fusilamiento, inclusive la hora, que no fue las cuatro p. m. sino el medio día.

Esa lista, que original encontré en Quito en los archivos de la Presidencia, es de puño y letra de Estanislao Merchancano. Me apresuré a tomar copia de ella, así como de muchos otros documentos preciosos para nuestra historia, parte de los cuales envié a usted para su Revista, e ignoro si han visto la luz. Recuerdo por el momento un diario de las operaciones de los realistas en el Juanambú, contra Nariño, hasta el fracaso de este prócer, y una carta

de Ulloa a Macaulay, cuando éste se encontraba ya en capilla.

Me permitirá usted que haga hincapié en conceptos que he visto estampados con respecto a don Toribio Montes. Este jefe, así como Tacón, no era sanguinario; si ordenó fusilamientos, también los ordenaron en ese tiempo algunos próceres y en Popayán se recuerda el fusilamiento inútil y hasta contemporáneo, después de Boyacá y del armisticio de Santa Ana, del Alférez real Velasco. En diversas ciudades del antiguo Cauca, para no extendernos a otras regiones, se fusilaron realistas. En España fueron sacrificados mucho liberales, desde la época de Riego hasta largo tiempo después, por decenas varias veces, y entre nosotros, hasta ya entrado el siglo actual, se dio el caso de fusilamiento de hermanos por hermanos.

Es craso error concederles todas las virtudes a los americanos (y no digo próceres porque hubo españoles que pelearon por la causa americana y muchos americanos que fueron realistas o patriotas según las circunstancias) y achacarles todos los vicios a los españoles. Es preciso que al estudiar la historia de principios del último siglo se deje el sentimentalismo de los discursos que nuestros padres pronunciaban cada 20 de julio, y pues huimos instintivamente del yanki, no rechacemos al ibero, que nos tiende mano cariñosa y nos está dando ejemplos de liberalismo y hasta de democracia.

Aceptado que la independencia fuese un bien, verdaderamente Montes y otros españoles inteligentes y cultos fueron más perjudiciales que Morillo, Boves y toda la falange de jefes de esa calaña, porque con sus medidas relativamente suaves, se concitaron el apoyo de muchos criollos influyentes, tanto en el Cauca como en Quito, sobre todo en esta última ciudad, y eso contribuyó a aletargar el espíritu republicano.

Recordará usted que el Montes a quien se moteja de "Fernandino" (busque usted la etimología donde le cuadre) indultó a los héroes que murieron en el "Cajón del Señor;" pero Sámano, que no tenía la cultura y el liberalismo del otro, no prestó oídos a las resoluciones de su superior y sólo hizo valer la orden que había llegado de Quito para el más tarde General y Presidente López y para otros.

Entre los documentos que encontré en el archivo antes mencionado y que haré conocer, figuran las instrucciones dadas por Montes a don Aparicio Vidaurrázaga, nombrado Gobernador de Popayán. Allí se ve que el Presidente de Quito estaba orrorizado del feroz Caicedo y de otros negros del Patía, a los que llamaba hordas de ladrones y facinerosos, a los que había que reprimir. Protestaba de que algunos vecinos de Popayán, como don Antonio Tenorio, hubiesen ejercido actos bochornosos llamándose realistas. En una palabra, quería que todo fuese corrección y tolerancia, salvo en lo de hacer las odiosas distinciones de leales y de traidores e insurgentes, lo que prohibía terminantemente para no agriar los ánimos.

Contrasta, por cierto, el proceder de Montes, con el de jefes como Baraya y Nariño en Popayán, que



enfriaron el republicanismo de muchos próceres o los tornaron realistas.

En fin, señor Director, el tema es fecundo y no pretenderé agotarlo; que plumas mejor preparadas lo afronten. Yo me contento con expresar mi opinión, dando la razón de ella.

Deseando prosperidad para usted y para su empresa periodística, me es grato quedar a sus órdenes como atento servidor y colega,

GUSTAVO ARBOLEDA R.



Canto de Asier

(De historia vasca)

PARA CARLOS VILLAMIL

Por ella sólo, por la dulce Amaya
de Lartain, en proceloso día
dejé a Vasconia y me lancé a los mares
buscando glorias para hacerla mía.
Vuelve duque por ella,
me dijo Lartain. . . . Mi nave rota
sacudieron las ráfagas marinas!
Entonces sonreí del infortunio
y me sentí dominador: yo había
celebrado con ella el plenilunio
sobre la roca de Aitormendi. Amaya
era dulce, era buena:
un día lloró conmigo
y nos comimos juntos la colmena
—sagrado vínculo de amor—Amaya
me dio su corazón cuando era buena.
Los unos iban a llevarle trigo,
cudles uvas y miel, aquéllos rosas;
yo desgarraba el musgo de las breñas
y recorría la playa,
para buscarle conchas peregrinas
en las grutas del mar. . . . Mi nave rota
sacudieron las ráfagas marinas!

Y me hice grande y fuerte:
hambreado león que ruga,
mi heroicidad estremeció la Muerte;
vencí a los gaulas, coroné a Rodrigo,
fui hasta Sidonia y batallé al empuje
del torbellino musulmán: yo había
celebrado con ella el plenilunio
en la roca de Aitor. Siniestros planes
urde el Rabino y a mis plantas grita
ebria de loco frenesí la Aljama
que vio sus glorias en Asier: entonces
desafíe el sino adverso
de mi raza maldita;
que en su grandeza trágica
es un impulso mismo
subir, crecer hasta rociar las nubes
y desaparecer en el abismo!

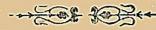
—Glorioso duque—un día
torno a Vasconia, mi nativo suelo;
mi adorada Vasconia,

la de valles fecundos
y de raza bravía,
la de montes floridos
que allende el Ebro se dilata:

en Goñi,

a un vasco Amaya el corazón rendía!
Vuelo por ella y Lartain me infama,
hablo de honor y se descorre un velo. . . .
Aquí luché sin esperanza alguna,
allí un rabino acrecentó mi duelo,
y allá también, bajo el azul del cielo,
(mujer al fin) me traicionó la Luna!

G. A. MUÑOZ O.



VIDA DE CALDAS

por Hermann A. Schumacher

VERSION DEL ALEMAN POR MANUEL FAZ J.

CAPITULO VII

SERVICIOS MILITARES Y MUERTE DE CALDAS

Aunque España fue desmembrada por la última confederación formal en casi todo el Norte de Sur América, se preparaba, no obstante, enérgica e incesantemente para la resistencia. La guerra civil, favorecida por la anarquía del nuevo estado de cosas, adquiría mayor violencia y salvajismo tanto en la republicana Caracas como en Quito, que aún permanecía realista. El Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada no pudo reunirse en Bogotá; vacilaba y por fin declaró que la dictadura existente en la capital era una forma de gobierno contraria a las bases de la Unión. El Presidente de Cundinamarca no se inclinaba a ceder a tan teóricas opiniones y alistó, bajo diversos pretextos, un ejército que debía marchar al Norte, en dirección a Tunja, donde residía el impotente Congreso.

Como Jefe del Cuerpo de Ingenieros, Caldas tuvo que intervenir en ese derrotero. En la misma dirección partieron varias expediciones; una de ellas bajo las órdenes de Antonio Baraya, a la que pertenecía Caldas. Estaba, pues, a las puertas de la patria la guerra civil, guerra trágica y sin meta.

Así se encontró Caldas del lado de su adversario político. Para trabajar contra los enemigos de la patria había sido destinado su Cuerpo de Ingenieros, y ahora tenía que servir contra los conciudadanos. Como muchos otros, y oprimido el corazón, salió a campaña por primera vez.

Nariño dispuso la marcha inmediatamente y apenas si tuvo tiempo Caldas para el arreglo de sus asuntos domésticos; por ésto, al llegar a Tunja el 15 de marzo de 1812, le asaltaron inquietudes por su mujer y su hijito Liborio, por sus colecciones, sus libros y su observatorio. Escribió a Domínguez: "He olvidado solicitar de tí un nuevo servicio; debo a Dávila unos cien pesos y le dí mi palabra de encargarte del pago. Te suplico aceptar esta molestia, para lo cual te hipoteco la imprenta."



Caldas no había recorrido antes la parte del país situada al Norte de Bogotá, y así, su servicio militar podía producirle nuevos frutos científicos. La región le parecía tanto más interesante cuanto que la única fuente—el Diccionario histórico—geográfico de Antonio de Alcedo, encontrado en la biblioteca de Mutis—indicaba erradamente varios de los lugares contiguos. A pesar de la turbulenta opinión pública, Caldas siempre activo, principió a escribir las cartas de viaje que debían aparecer en el nuevo periódico a cuya fundación estaba destinada la imprenta. (29)

La primera carta está fechada en Tunja el 28 de mayo de 1812 y trata del viaje de Caldas desde Bogotá a ese lugar, espada al cinto y barómetro en mano. Midió en todo lugar importante la altura sobre el nivel del mar y la distancia de su observatorio.

“Nuestro camino,—escribía—es increíblemente malo y ha sido construido sin nociones técnicas; probablemente es todavía el mismo de que se sirvieron los Caciques de los chibchas en la época de la barbarie. Nuestros sátrapas modernos se han preocupado poco por el mejoramiento de las vías de comunicación, o por el beneficio del comercio; sólo nos han tenido en la rusticidad y en la esclavitud. Primeramente se pasa por la altiplanicie que sin duda fue en otro tiempo el lecho de un lago; Suba, Tibitó y todas las alturas inmediatas debieron ser islas en que habitaran los hombres o las aves acuáticas. Luégo conduce la vía al través de la histórica región en que los soberanos vecinos de esas comarcas—el de Tunja y el de Bogotá—libraron batallas decisivas. Los Andes en Tunja son bajos como en Bogotá; no es exacto que sobre la montaña de Albaracin haya nieve perpetua. La altura de Chingasa, afamada por Humboldt, está cubierta de plantas hasta su cima. La vegetación en nuestra ruta ha sido hasta aquí la misma de Bogotá; comprende todo cuanto Mutis encontró antes para su flora. La sequedad me impidió coleccionar. Mi carta próxima contendrá el resultado definitivo de mis observaciones astronómicas. Actualmente me ocupo en fijar la latitud de Tunja, lo que hasta ahora no se había hecho, no obstante que por aquí estuvieron Cabrier y Toledo.”

Poco tiempo después escribió Caldas: “Hoy principio una segunda carta de viaje que sería digna de apreciable y honesto periodo del poeta bucólico Meza y del autor de la tragi-comedia *Bradamonte*; será pues, muy familiar. Aunque vivimos en una época borrascosa, adversa e intranquila, prosperan, no obstante, entre nosotros, los escritos y los escritores. Antes se llegaba a las conclusiones por sucesión lógica de argumentos, se discutía sobre la cuestión de si Adán no habría pecado, se bromeaba, se comían tortas y dulces, se tomaba chocolate y se daban serenatas que no comprometían el corazón. Hoy se ha perdido tan inocente diversión y en cambio tenemos guerra, odio, persecución, calumnia, tráfico político. Vosotros, serios Lacedemonios, no olvidéis nunca el honor, la lealtad, la fé, ni las virtudes de aquellos héroes que deben vivir en nuestros corazones.”

Caldas habla luégo de la organización de un establecimiento de encuadernación para combinarlo con la imprenta; insiste en que pronto la primera producción de la nueva prensa *despertará la luz*, y trata después del gran terremoto en que poco tiempo antes habían perecido muchos miles de personas en Mérida y Caracas. Con fecha 28 de abril escribía: “Trabajo en una nueva y extensa carta de viaje que tratará de la descripción de Tunja y de algo sobre literatura, pero nada en cuanto al Congreso, aunque éste constituye la última ancla en nuestra tempestad. Pero qué ocurre a Manuel Poinbo? Este hombre honorable sale desterrado del país con seis hijos y su virtuosa esposa? Qué sucede a José María Castillo? Dentro de tercero día debe marchar? Procedimientos y sentencias contra esos hombres meritísimos son la obra de Nariño. Cuánto lo preocupa la libertad! Es mas atrevido que un Alba, más que Mendinueta y Amar juntos. Vivimos bajo una Constitución que consagra la honra y la propiedad para los ciudadanos? Quién sabe que aflicción espera a los demás! A pesar de esta crisis, yo arreglo mis observaciones; hago cálculos y cuentas aunque la marejada política me obligue a decir cosas que no corresponden a la Geografía ni a la Astronomía. Que haga este Presidente lo que quiera, pero que no ligue mi suerte a sus decretos y proscripciones; abandóneme a mí mismo y a mi conciencia para que yo pueda cumplir pacíficamente mis deberes como cristiano, como vecino de Cundinamarca, como esposo, como padre y—lo que es más sublime para mí—como cosmógrafo. Vivid tranquilo, no toméis partido, dejad rodar la bola hasta que realmente la causa de la libertad reclame nuestros servicios.”

Pocos días después se adhería el mismo Caldas al partido de la energía. Habían terminado las cartas de viaje y la *Cosmografía*. Antonio Nariño avanzaba más y más en su dictadura, autorizado por casi toda la capital y principalmente por la plebe y el clero. Pero la reacción no tardó.

El 26 de mayo de 1812, la parte del ejército de Nariño que estaba a órdenes de Antonio Baraya, se decidió por el Congreso en Sogamoso. Caldas fue uno de los jefes intelectuales de esa sedición militar. La defección del ejército parecía cosa inofensiva y hasta el escrupuloso y recto Caldas no vio deserción en ese acto—primera manifestación del efecto desmoralizador de la guerra civil.—Dos días después escribía a un amigo de Bogotá como si no hubiere ocurrido nada de importancia. Le refería que había tomado la latitud de Sogamoso, vieja soberana del país:

“La soberanía es efímera como el amor y la dicha, como el arte y la ciencia; esta ciudad, poderosa en otro tiempo, hoy sólo tiene lodo en las calles, pobreza y miseria en las habitaciones!

Por qué guardáis silencio y por qué no me escribís una vez siquiera sobre asunto tan importante como lo es mi Imprenta del Sol?

Trabajad, pues, para que de ese establecimiento, que ya me han embargado mis conciudadanos, salga algo bueno, como por ejemplo *Las mil y una no-*



ches, *El Lazarillo, Los doce Pares de Francia* u otros escritos dignos de la época pastoril.”

La crisis estaba más próxima de lo que Caldas presentía. Nariño tomó las armas por segunda vez, en tanto que enviaba a José Miguel Pey contra el cuerpo desertor de Baraya. Iba a correr la sangre de los ciudadanos. Después de su retirada hacia el Norte, Baraya rechazó las tropas de Nariño en las inmediaciones del Socorro; sin embargo, éstas tomaron a Tunja y el 30 de julio de 1812 se celebró en Santa Rosa un convenio que parecía abrir el campo a la armonía. Se llegó a varios tratados, pero a pesar de éstos, la primera lucha civil rompió en todo Cundinamarca las relaciones existentes.

Caldas escribió nuevamente a Bogotá en agosto, aunque en tono distinto del anterior:

“En el campamento de Baraya, a quien se enfrentó Pey, leí con dolor los reproches que me dirigió por haber abrazado yo la causa de la Nueva Granada. Firme en mis convicciones, detestaré siempre al tirano de Cundinamarca y procederé siempre como hombre libre. La ternura con que amo a mi esposa, a mis hijos, a Bogotá y a los amigos, no puede variar ni mis opiniones ni mis actos. Bien puede vuestro Dictador herir a mi familia con aflicciones y hacer embargar tres o cuatro muebles viejos adquiridos en torturas literarias y no por el despojo de los diezmos; bien pueden robarme mis instrumentos que debo a la generosidad de Pombo; bien puede tratarseme a mí también como traidor a la patria. Nada me arredrará. He jurado ser libre y morir libre. El odio personal se ha levantado contra todos mis bienes. A instigaciones de un hombre miserable se me ha quitado la imprenta; yo sé esto y sólo me duele que vosotros no tengáis tiempo de suplir la pequeña suma que aquél anticipó para su traída.

Por lo demás, le fingiré estar tan satisfecho como sea posible. No se me atendió y se afirmó que yo debía dinero al fisco. Dirigí a la primera autoridad de la República una representación, otra a Baraya y una tercera al Gobernador de aquí; ahora me dirijo también al Congreso.”

Poco después decía: “Creo que vosotros como leales nariñistas habéis resuelto no volver a escribirme y no hacerme dar una prueba siquiera de mi imprenta, pues hasta hoy no habría sabido nada de sus producciones, si por casualidad no hubiera visto los documentos correspondientes al manifiesto del tirano, procedentes de mi Imprenta del Sol. Qué desgracia para un hombre libre ver estrenar su establecimiento con escritos de la tiranía! Habéis abandonado mi familia porque soy un soldado de la libertad? Mi tío—ese esclavo—ha detractado nuevamente mi casa? En una palabra: si el anhelo hacia una verdadera representación nacional, si el amor a la unión y el odio al centralismo me hacen indigno de vuestra amistad, decídmelo tan francamente como yo os hablo. Estoy en Tunja y podéis dirigiros aquí a vuestro leal amigo, *Caldas*.”

El 19 de agosto de 1812 abdicó Nariño la dictadura, pero fué vana la esperanza de que la paz se albergara en el interior de Nueva Granada. El 11 de septiembre fue restablecido Nariño en su poder ilimitado, como caudillo indispensable, por una Jun-

ta de notables de Bogotá. Pronto se decidió la capital a repeler con las armas las demandas del Congreso. A fines de noviembre envió Nariño a José de Leiva contra Tunja, donde Caldas había fortificado hasta entonces el campamento de las tropas congresistas. El 2 de diciembre se libró el más encarnizado combate. El ejército de Nariño fue derrotado y las tropas congresistas que lo perseguían intentaron tomar a Bogotá, a viva fuerza. La capital presentó, de modo inesperado, la más enérgica resistencia. En junta militar de los sitiadores se consultó si debía llegarse al asalto. Caldas, a quien Nariño había escrito para que se evitaran mayores males, se opuso a tal ataque con fundamentos técnicos como Jefe del Cuerpo de Ingenieros; al propio tiempo se presentaban a su espíritu los horrores de la guerra civil. En la ciudad vivían su esposa y su hijo; sobre la plataforma de su querido observatorio estaba su discípulo Domínguez con otros amigos, vigilando con sus telescopios las operaciones de los sitiadores.

A pesar de todas las advertencias, el asalto tuvo lugar el 9 de enero de 1813, y las tropas congresistas, batidas completamente por las de Nariño, se disolvieron sin tardanza. Caldas huyó también y no porque el vencedor amenazara su libertad o su vida (Nariño procedió con cordura), sino porque su naturaleza constituida idealmente no participaba de ese brote suicida de la matanza entre hermanos; él mismo se expatrió de la antiunionista Cundinamarca y tomó la dirección de su ciudad natal, marchando por Ibagué a Cartago. Hizo entonces como fugitivo político aquel viaje al Quindío que poco antes de principiar la revuelta había propuesto tan encarecida y sinceramente al Virrey, con motivo de investigaciones científicas. De Cartago escribió el 5 de mayo de 1813:

“Ahora he reconocido con la mayor claridad que todo es viento, humo, vanidad, nada, excepto dos cosas: servir a Dios—el Altísimo— y conservar la paz—dón del cielo. Tristes desengaños me han abierto los ojos; los golpes de la desgracia me han enseñado más que mis cuarenta años de vida. Me siento feliz de que, por mi educación, no desconozca las elocuentes y enérgicas enseñanzas que la Providencia me ha deparado en los últimos meses, tan afflictivos y deplorables. Nunca hubiera creído que el Congreso tratara con semejante indiferencia y con tal aspereza a un hombre que, como yo, se ha sacrificado completamente. El Congreso me ha olvidado; no ha contestado mi memorial ni ha dado, —por el dinero que me adeuda—un mendrugo de pan a mi desgraciada familia; no me ha recomendado al Gobierno de Popayán para una colocación y ha dispuesto de mi propiedad sin que yo pudiera replicar una palabra. Pero ahora, no soy ya Ingeniero de Cundinamarca ni tampoco empleado del Congreso: soy simplemente Francisco Caldas. Este correo lleva allá mi renuncia. Con cuatro líneas he recuperado libertad, matemáticas y tranquilidad. Desde que Baraya tuvo la osadía de atacar arbitrariamente a Bogotá, contra el consejo de los mejores oficiales congresistas, no podré ya vivir en ese caro suelo. Estoy tan manchado con sangre inocente de



víctimas sacrificadas por la obstinación y por la imprudencia! Bendito sea Dios que mi voto fue por la paz; yo no soy responsable de la vida de ningún hombre que haya sido asesinado el 9 de enero pasado.

El observatorio astronómico está perdido para mí y perdida está también mi misión científica. Estando a la disposición de un asesino de ciudadanos, enemigo irreconciliable de Bogotá y Cundinamarca, debo buscar un asilo en Antioquia, a donde marché el 9.

Benedicto: yo deseo que el observatorio vaya a tus manos para que así se salven de la ruina los instrumentos. Presta tú este servicio a la posteridad; conságrate seriamente a la ciencia de Klépero, de Copérnico y de Newton; prosigue lo que yo he comenzado en beneficio de la navegación, del comercio y de la geografía. Sostén noblemente en pie, con esfuerzos asiduos, la honra de ese establecimiento, que vale más para la gloria de la patria que los ejércitos, los penachos y galones, que las narraciones necias, fatuas, baladías y pueriles!"

Caldas salió de Cartago el 9 de mayo de 1813, pero no siguió a la región de su ciudad natal, porque los españoles, a órdenes de Juan Sámano, antiguo Capitán de la guardia urbana de Bogotá, impedían el tráfico por doquiera y ya habían ocupado a Popayán desde el 1° de mayo. Como un proserito buscó Caldas los caminos indígenas que conducían a las minas de San Juan de Marmato, para llegar a la región de Supía. De allí pasó rápidamente a la capital del Estado de Antioquia, que se mantenía fiel al Congreso (30).

La opinión pública en esa comarca montañosa era altamente patriótica. Para asegurar la unidad y la energía del movimiento, estaba allí Juan del Corral, conocido de Caldas anteriormente y quien se había levantado contra el Dictador. A su lado estaban otros dos amigos de Caldas: José Manuel Restrepo y Francisco Antonio Ulloa. Se confiaba, pues, con seguridad en el futuro.

Ningún riesgo manifiesto amenazaba a Antioquia por el lado más peligroso y a la sazón llegó la noticia de que no sólo la región del río Magdalena, excepto la ciudad de Santamarta, sino que también las Provincias de Ocaña, Pamplona y Cúcuta se habían libertado de los españoles. Este suceso se debió al Coronel venezolano Simón Bolívar, natural de Caracas, que aún no contaba 30 años y que hasta entonces apenas era conocido en la historia de su patria como cualquier ciudadano o campesino. (31)

Habiendo estado en Inglaterra en una misión diplomática sin éxito, se había reunido meses después, en su casa, a Francisco Miranda, y salió del país cuando a mediados del año anterior fueron suministradas las armas para la reciente confederación de Venezuela contra España. Se había embarcado luego en La Guaira con varios parientes y amigos, el 27 de agosto de 1812, y llegó poco después por Curaçao a Cartagena.

De allá recibió Caldas las primeras noticias de aquél, en las que se comunicaba al propio tiempo la muerte de José Ignacio Pombo. Aunque Caldas se abatió profundamente por la pérdida del amigo

magnánimo, se exaltó de nuevo con el llamamiento que hizo a las armas el Coronel Bolívar, en hoja volante fechada el 15 de diciembre de 1812, en la que con elocuentes expresiones desarrollaba el plan audaz de la libertad de Venezuela por medio de Nueva Granada. Empresa era esta cuya coronación parecía practicable después de los primeros éxitos obtenidos en la región del Magdalena.

El Presidente de Nueva Granada concedió entonces derecho de vecindad al oficial vencedor, de quien realmente se esperaba la libertad del país, tanto más cuanto que el Virrey Benito Pérez permanecía inactivo en Panamá. (32)

(Continuará)



Miguel Medina Castro

Un lustro há que, herido de profunda nostalgia, despedazado por el dolor el cuerpo y partida en su mitad el alma, nos dijo el supremo adiós aquel joven lleno poco antes de energía y de valor que al empezar la jornada se halló solo, y en busca de refugio para su espíritu abatido por la melancolía, sediento de luz y prisionero entre las asperezas de la tierra, se dio a cristalizar sus pensamientos en sentidas poesías, muchas de las cuales permanecen inéditas porque su autor no alcanzó a pasarlas por el tamiz de la revisión y porque, como él mismo lo expresó, "... al hacer estos versos, yo no he tenido en cuenta a los hombres, los he hecho para mi alma: ella los comprende y eso me basta..."

Hijo de un poeta de alto vuelo, heredóle la afición a la poesía. Sus versos transparentes y llenos de intensa tristeza, dejan comprender el estado de su alma, que nunca se abajó a lo mezquino ni se enturbió en los léngamos de pasiones insanas. Sus estrofas tienen a veces la consistencia del acero; en otras, el acento varía, y es ahora rumor apacible del remanso o raudal que suspira en la oquedad de la selva o que estalla contra los peñascos que detienen su paso.

Símbolo, La Virgen, Polar, Aparición, La Cena, acaso este último el mejor de sus cantos, dan testimonio de que en Medina y Castro había no sólo un poeta, sino un pensador profundo, una alma enamorada de bellos ideales, un corazón no ajado por las luchas innobles, siempre digno y siempre dueño de sí mismo. Por eso, cuando la envidia, que no perdona ocasión de clavar su diente venenoso hasta en las reputaciones más inocentes, enderezara contra él sus tiros disimulados y cobardes, sobreponiéndose a tanta ruindad, desahogó su indignación en esta poesía:

El Dolor

(A un poeta)

*Sobre la negra roca de granito,
que mitigó el cansancio de tus vuelos,
hay un áspid maligno*



Al Infinito
de nuevo torna, encúmbrete a los cielos!
Húyete de ese áspid venenoso y fuerte
que a desiguales luchas te provoca.
Encontrarás ignominiosa muerte
si al espacio no subes,
y es tan triste expirar en una roca
pudiéndose dormir sobre las nubes.

Vuélveme muy alto. . . . Si el cansancio arroja
sobre tu sér el peso de su aliento,
no te dejes vencer por la congoja:
no faltará en el ancho firmamento
para posar tu huella,
una nube mecida por el viento
o la radiosa mole de una estrella.

Mas, si batiendo el ala temblorosa,
ese negro reptil cruza el vacío
y tras lucha sangrienta y espantosa
clava en tu corazón su diente frío;
antes de que a tu pecho arranque un grito
la fiera del monstruo que te hiere,
bajo la calma azul del Infinito,
híncame tu garra en su garganta, y muéreme!

En el deseo de salvar del olvido algo de lo mucho
que escribió y que la mano solícita de su hermana,
de la noble compañera de su infancia, logró arre-
batar al estrago del fuego, publicamos las composi-
ciones que van en seguida.

Valga la buena intención, ya que no el oscuro
nombre de quien esto escribe, ante el público ávido
de conocer las piezas inéditas del amigo a cuya
memoria ofrendamos estas mal zurcidas líneas.

NICOLAS SILVA G.



Intima

A la memoria de mi padre

(INEDITA)

El Cauca ruge a lo lejos
su interminable canción;
los robles toscos y viejos
alzan su ronca oración.

Y bajo la augusta calma
de la tarde que agoniza,
solloza y solloza una alma
sobre un montón de ceniza.

*

Hoy sólo l' angustia hiere
las cuerdas de mi laud;
soy joven, mas ya se muere
mi cansada juventud.

Si ante el dolor que se esconde
en mi pecho, lanzo un grito,
a mi voz sólo responde
la mudez del infinito,

Y cruzo huérfano y solo
de mi existencia el erial,
desolado, como el polo,
y como el polo glacial.

A veces recuerdo aquellos
días de plácidas visiones:
eran de oro mis cabellos
y de oro mis ilusiones.

¿Por qué en un tiempo tan breve
tornaron a no volver,
como aves ante la nieve
mis ilusiones de ayer?

*

Yo miraba la mañana
con infantil embeleso,
cuando en mis labios de grana
gusté las mieles de un beso.

Y para calmar mi anhelo
sentí sobre el corazón,
como caídas del cielo,
las notas de una canción.

Y a las luces vacilantes
de l' Aurorá que desata
sus engastados diamantes
sobre un oriente de plata,

ví a mis padres que apartaban
con sus manos los abrojos
y en mi senda deshojaban
pétalos blancos y rojos.

Yo los adoraba

Un día

mi padre triste se fue
por una senda sombría.
¿Por qué se iría, por qué?

Y a la angustia que clamaba
en mi pecho, "Padre! Padre!"
solamente contestaba
el sollozo de mi madre.

A una extraña luz, que a veces
daba lívidos reflejos,
entre un bosque de ciprsees
lo ví perderse a lo lejos.

Para siempre? No! Yo espero
que muy pronto lo veré,
si ya estoy en el sendero
por donde triste se fue!

*

Hoy sólo l' angustia hiere
las cuerdas de mi laud;
soy joven: mas ya se muere
mi cansada juventud.

Y si ante el dolor que esconde
mi pecho, levanto un grito,
a mi voz sólo responde
la mudez del infinito!

(En los próximos números publicaremos con mucho gusto las demás composiciones a que se refiere el Sr. Silva G.)





A LAS PERSONAS

a quienes se envíe el presente número de POPAYAN y no deseen suscribirse, les rogamos su inmediata devolución.

CONDICIONES

	INTERIOR	EXTERIOR
Suscripción anual, oro.	\$ 0,60	0,90
Semestral.	0,30	0,45
Número suelto.	0,05
Id. atrasado.	0,10

Avisos: centímetro lineal de columna, en tipos gordos, oro. \$ 0,05
Página. 3,00

En tipos medianos el 50 por 100 de recargo.

Cuando sean permanentes o su publicación alcance a un año, haremos concesiones.

Todo pago debe ser anticipado y los de fuera deben remitírsenos como valor declarado. Sin estos requisitos, es inútil pedir suscripciones.

La correspondencia debe dirigirse *exclusivamente* al Administrador,

DAMASO ILLERA

“POPAYAN”

se vocea y se vende en la Imprenta del Departamento



POPAYAN

REVISTA HISTORICA Y CIENTIFICA

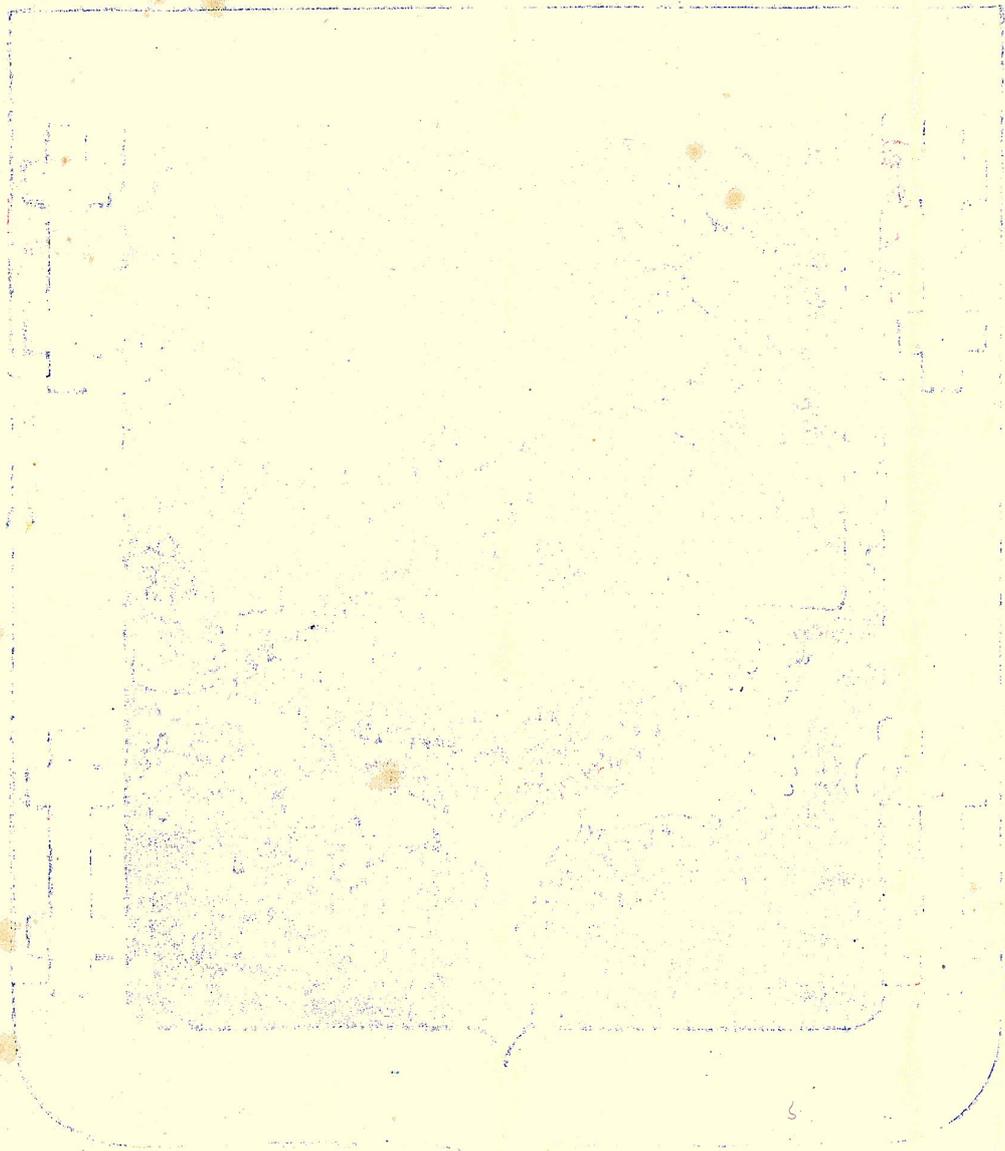
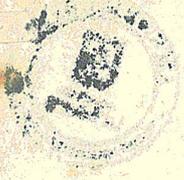


AÑO XI
NÚMERO 133

NOVIEMBRE — 1926

FUNDADA
EN 1907

VALE \$ 0,15





FUNDADORES:

ANTONINO OLANO
MIGUEL ARROYO DIEZ



POPAYAN

REVISTA DE HISTORIA Y CIENCIAS

DIRECTOR, SANTIAGO ARROYO



DE REDACCION:

MANUEL PAZ U.
VICTOR ARAGON
MIGUEL ANTONIO ARROYO



Serie XI Popayán, noviembre de 1926 — Se edita en la Imp. del Depco. Número 133

SUMARIO

Popayán, <i>Leopoldo Triana</i>	1
El Gran General T. G. de Mosquera (conclusión) <i>Manuel Paz U.</i>	4
Placa en honor de don Manuel Torres.....	7
Genealogías del Cauca, <i>Miguel Antonio Arroyo</i>	9
Curioso documento sobre la traslación de los restos de fray Cristóbal de Torres.....	11
Un hermoso episodio histórico, Pbro. <i>José Benjamín Arteaga</i>	12
La pasionaria valenciana, <i>Antonio García</i>	15
Compendio histórico y cronológico del obispado de Popayán, Pbro. <i>Manuel A. Bueno</i>	16

CONDICIONES

	INTERIOR	EXTERIOR
Suscripción anual, oro	\$ 1,00	1,20
Semestral	0,50	0,65
Número suelto	0,10	
Atrasado.....	0,15	
Avisos: centímetro lineal de columna, en tipos gordos	0,05	
Página	3,00	

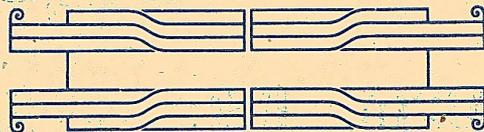
En tipos medianos el 50 por 100 de recargo.

Cuando sean permanentes o su publicación alcance a un año, haremos concesiones.

TODO PAGO DEBE SER ANTICIPADO, y los de fuera deben remitírsenos como valor declarado. Sin estos requisitos es inútil pedir suscripciones. La correspondencia debe dirigirse exclusivamente a

MIGUEL ANTONIO ARROYO

Apartado número 62.





MADERAS DE CONSTRUCCION

La Junta Administradora del Empréstito compra maderas de buena calidad y preparación.

Diríjanse por escrito las ofertas al ingeniero de las obras, Dr. José M^a Obando.

Historia del Seminario

Desde el próximo número de esta revista empezará a publicarse la luminosa obra del sacerdote lazarista

Pedro Vargas,

llamada HISTORIA DEL SEMINARIO DE POPAYAN.



POPAYAN

REVISTA MENSUAL

Fundadores: Antonino Olano, Miguel Arroyo Díez — Director: Santiago Arroyo.

POPAYAN!!

Al evocar tus recuerdos y acercar mi espíritu a tí, ciudad privilegiada, vienen a mi memoria los mejores días de mi vida pasados en el claustro del Colegio, de ese Colegio Mayor llamado antaño y que vino después a formar la célebre Universidad del Cauca; se agolpan a mi mente innumerables episodios juveniles y parece como si volviera a la vida tras un largo y dilatado viaje.

Don Sebastián de Belalcázar, uno de los más bravos compañeros de Pizarro en la conquista del Perú, caballero y soldado, tuvo la feliz ocurrencia de fundar a Popayán en 1536, en uno de los más pintorescos valles tropicales, el valle de Pubenza, en un clima de 20°, sobre un lecho de esmeralda, porque la vegetación de esos contornos es algo maravilloso, y consiguió en poco tiempo atraer a esa urbe en formación, los más escogidos elementos sociales y políticos de la época de la conquista.

Miguel López Muñoz, Andagoya y otros bravos compañeros y subalternos de Belalcázar, acometieron otras fundaciones y descubrimientos, entre ellas las ciudades de Cali y Caloto en el valle del Cauca y Anserma, sobre las estribaciones de la cordillera occidental. Cartago y Guadalajara de Buga siguieron en orden de fundaciones y más tarde Roldanillo, diminutivo de Roldán, uno de los primeros pobladores de esa villa.

Eran los conquistadores gentes sin reposo en materia de aventuras y descubrimientos; la sed de oro que se apoderó de todos ellos, los hizo internarse por las más dilatadas comarcas de América; la fiebre de conquistas y el deseo de cosechar títulos de valía ante el monarca español, formaron audaces e intrépidos soldados y descollaron no pocos capitanes, hombres de una sola pieza en materia de valor, dignos descendientes del Gid y del Manco de Lepanto.

Casi al finalizar la primera mitad del siglo XVI empezaron las conquistas del territorio del sur de Colombia, desde la actual frontera con el Ecuador hasta los confines de Urabá sobre el océano Atlántico: ningún peligro los detenía; nada aminoraba su coraje; todas las penalidades del trópico apenas lograban diezmar las huestes conquistadoras pero no desanimar a los supervivientes en esa hermosa lucha para coronarse de laureles y dar al mundo una nueva parcela y al rey de España un nuevo y lejano dominio rico en todo sentido y digno

de las mismas personalidades que lo conquistaran.

Estudiando con alguna detención el carácter, el valor y la idiosincracia de los primeros pobladores de la América hispana, hay razón creer que fueron raza de titanes y superhombres los que acometieron estas conquistas. Hay que pensar en los innumerables enemigos del hombre a través de las selvas vírgenes del nuevo mundo; los mosquitos, las fieras, los millares de ofidios y reptiles, los indios canibales y, sobre todo, la malaria, capaz de acabar con todas las legiones humanas y que hoy, en pleno siglo XX, apenas se está logrando dominarla.

Sin esa clase de elementos, la conquista de América habría sido casi imposible, porque se requerían esos conquistadores. Las riquezas del nuevo mundo habrían permanecido ocultas y estas tierras ubérrimas no habrían servido para ser el asiento de tantas nacionalidades que surgieron al correr de los tiempos y que hoy son honra y prezo de la humanidad entera. La raza latina, la que dominó al mundo con el imperio romano, tenía que ser la progenitora de los pueblos americanos a los cuales dio su sangre, sus talentos, su coraje, su idioma, sus creencias y todas las características de tan portentoso origen.

En los albores de la fundación de Popayán y en un cuarto más de siglo, se establecieron en ella centenares de colonos, muchos de los cuales eran elementos sociales de primer orden, procedentes de la península o de otros lugares del Nuevo Reino de Granada.

Allí vinieron los progenitores de las actuales familias y de otras cuyos apellidos han desaparecido completamente como los de Mogrovejo, Hinestrosa, Belalcázar, Torrente, Larrahondo, etc., pero subsisten descendientes de la mayor parte de ellos, de entre los cuales hago este recuento: Mosquera, Arboleda, Pombo, Arroyo, Castillo, Casa Valencia, Iragorri, Fernández de Navia, Rebolledo, Fernández de Soto, Vejarano, Hurtado, Pardo, Carvajal, Feijoo, Alonso de Velasco, Dueñas, Caicedo, Moure, Irurita, Caldas, Cajiao, Segura, Ayerbe, Colonge, Ayalde, Otero, Figueroa, Sanjurjo, San Miguel de la Vega, Baca y Alcocer, Fernández de Córdoba, Arámburo, Lozano, Cárdenas, Vargas Torres, García, Ortiz, Castro, Diago, Zorrilla, Castrillón, Delgado, Gómez, Jordán, Constaín, Usuriaga, Albán, Baraona, Guzmán, Llorente,



Candia, Yanguas, Alvarado, Alvarez del Pino, Salcedo, Palacios, Tenorio, Guevara, Bonilla, Plata, Santibáñez, Muñoz, Meneses y muchos otros que se escapan a mis recuerdos.

Algunos de estos apellidos han desaparecido de Popayán y los hay en otras ciudades del país, como los Tenorio, Arámburo, Yanguas, Alvarez del Pino, etc.

Los primeros terratenientes de esta ciudad fueron casi todos encomenderos agraciados por la corona o por sus tenientes del Nuevo Reino de Granada. El laboreo de las minas de Timbiquí, Micay, Guapi, Iscuandé, Anchicayá, Charambirá y Dagua sobre el mar Pacífico; las de Almaguer, Juanambú, el Tambo, Barbacoas, río Mayo y otras, hacia el sur; las famosas de La Plata, trasmontando la cordillera central de los Andes; y, finalmente, las de Jelima, Quilichao, La Ferreira y Quinamayó hacia el norte, constituyeron el primer incentivo de colonización de casi todo el territorio del antiguo Cauca.

En Popayán residían los magnates, los dueños de encomiendas de tierras, de minas y mineras, los amos de los esclavos para el laboreo de todas ellas y los señores del dinero. De la ciudad irradiaron hacia el Chocó y hacia el valle del Cauca las influencias de Popayán y con ellas se transmitió la cultura de la ciudad de Belalcázar, que ha sido proverbial desde sus primeros tiempos.

Las congregaciones religiosas de franciscanos, agustinos, dominicanos y las de monjas del Carmen, de Santa Clara y otras, hicieron valiosas fundaciones en la nueva ciudad y contribuyeron, de allí en adelante a la educación y cultura de un radio muy extenso de población. Desde sus primeros años fue Popayán asiento de planteles de educación y afluan a ellos los más escogidos elementos de toda la provincia, que tuvo también muy extenso territorio y regiones sumamente ricas en minas y en tierras labrantías.

Según los cronistas, en la segunda mitad del siglo XVI era ya Popayán la capital de una rica provincia; tenía audiencia, era sede episcopal con su respectivo Seminario conciliar, y en el ambiente social todo era cultura, bienestar y refinamiento, acordes con los medios de que entonces podía disponerse. Los hijos de esta ciudad iban a las universidades de Salamanca y de Burgos, en las cuales terminaban sus estudios graduándose especialmente en estudios jurídicos y eclesiásticos. Era entonces cosa muy común que un educando recibiera el doctorado en ambos derechos: civil y canónico.

Como en esta ciudad llegaron a reunirse muchísimos ricos de pura cepa española, hubo esmero en la educación de sus hijos y, como consecuencia de ello, empezaron a figurar en diferentes lugares de las colonias de América abogados popayanejos que hicieron conocer su terriño en los dominios de América.

A principios del siglo XVIII vino de España a las tierras de América el doctor don Poli-

carpo del Pando, juez privativo de tierras, amigable componedor y fiscal de los bienes de su majestad, y visitó casi todas las dependencias americanas. Este visitador hizo constar en sus informes a la corona, que los hijos de Popayán eran ilustres y abundantes; que había encontrado abogados, obispos y oidores popayanejos en Santo Domingo, Guadalajara, Méjico, Guatemala, Panamá, Quito, Lima, La Serena, Concepción, Rosario de Santa Fe, Buenos Aires, etc., y los cita por sus nombres. Recuerdo entre algunos de ellos, los siguientes: doctor don Bernardo de Urrutia, don Sebastián Fernández de Navia, doctor don Manuel de Bedoya y Sarmiento, doctor Alonso de Mogrovejo, doctor don Felipe Alonso de Velasco, doctor Santiago Caycedo y Vallecilla, doctor Manuel Vicente de Omaña (debe ser Umaña), doctor Francisco José Moure y Alcocer, doctor don Salustiano Rivera y Cajiao, y otros que no recuerdo pero que figuran en un infolio en el archivo de Indias de Sevilla.

Este visitador se manifestó tan sorprendido de la cultura de los hijos de Popayán que en su informe rendido desde Rosario de Santa Fe, y que reprodujo alguna vez *La Prensa* de Buenos Aires, dijo: *en América, todo el mundo es Popayán*, ponderando así el predominio intelectual de esta culta e histórica ciudad. Y esa célebre exclamación ha perdurado como un valioso homenaje a la ciudad de Belalcázar.

Vale la pena este recuento: Popayán ha dado al país estos presidentes: Camilo Torres, Joaquín y Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López, José María Obando, Julián Trujillo, Ezequiel Hurtado y Euclides de Ángulo. Ninguna de las ciudades de Colombia, inclusive Bogotá, pueden ufanarse de haber contribuido en tan grande escala para el mando supremo de la nación. Sin quitarles sus méritos a los demás, Camilo Torres fue *alma mater* de la independencia nacional, don Joaquín Mosquera fue el amigo y confidente del Libertador en la campaña del Perú y su compañero en Paitilca; el gran general Tomás Cipriano de Mosquera tuvo méritos indiscutibles, puso la primera piedra para construir el capitolio nacional, fue tres veces presidente de la república y *como presidente del Estado del Cauca dio comienzo al célebre camino de ruedas de Cali a Buenaventura, que vino a ser la gestación del ferrocarril del Pacífico*, y el general López en 1849 decretó la completa libertad de los esclavos en la Nueva Granada.

La estación de Popayán debieron haberla dedicado al general Mosquera, uno de los más ilustres hijos de Colombia y factor importantísimo de la independencia nacional y de la consolidación de la república. Además, honrando esa memoria se honraban las de los hermanos del general: don Manuel María, diplomático al servicio del país en Europa durante muchos años; don Joaquín, el presidente caballero; el doctor Manuel José, arzobispo de Bogotá y primer americano candidatizado para un capelo cardenalicio.



1826



1926

ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR DON CARLOS BERMUDEZ,
dignísimo obispo de la diócesis, cuyo centenario celebró pomposamente la ciudad el día 4 del presente. — Homénaje de "POPAYÁN" a su memoria.

El sabio Galdas nació en Popayán, y ese solo hecho, prescindiendo de muchos otros títulos que tiene la ciudad para ser amada por los colombianos, bastaría para fundar su prestigio y hacer que en los corazones se produzca un culto especial de admiración y de respeto.

Quando el furor por las extracciones de quinas de Pitayó se organizaron en Popayán, entre los años de 1868 a 1872, las primeras explotaciones del sur de Colombia: Evaristo Delgado, Primitivo Valencia, Jesús Méndez, Simón Hurtado, Ricardo Vejarano, Primo Pardo, Marcos Valencia y otros más que con Elías y Rafael Reyes exploraron los primeros las selvas caucanas, formaron un núcleo de abundantes recursos y de grandes energías y emprendieron sus labores con muy buenos resultados. Las quinas cayeron en 1882 y esos caballeros casi todos se arruinaron por ese rudo golpe.

Los hermanos Reyes, como habían sido los más audaces de los exploradores, se dedicaron

a la industria extractiva del caucho, recorrieron el Putumayo, el Caquetá y bajaron por el Amazonas hasta Manaos y Belén del Pará sus productos. La firma colombiana de Pedro N. Merino & Sons y posteriormente los señores Enrique Cortés & Co. Ld., colombianos también, financiaron las empresas de los hermanos Reyes, con tan poca fortuna, que el caucho cayó años después y sobrevino la ruina de esos bravos luchadores. La historia del desastre la conoce el país y no hay para qué repetirla.

Los campos de los alrededores de Popayán son pintorescos y deliciosos en todo sentido. La eterna primavera de esas comarcas las coloca en situación de ser una esperanza para el futuro de la ciudad, ya que la llegada del ferrocarril a sus dominios atraerá millares de gentes de todo el país, que irán allí a establecer sus viviendas para gozar de un clima inimitable y de una naturaleza pródiga en

producciones. Las veinte mil parcelas de Esparta en tiempo de Licurgo, apenas podrán compararse con estas tierras de promisión. Popayán será el asiento de los capitalistas y de las gentes que gusten de un ambiente social y familiar *sui generis*, porque en eso se diferencia Popayán del resto del país: allí todo es poesía; y la belleza de los campos forma una especie de continuación de la belleza de la estirpe, que ha producido tipos tan perfectos como el de doña Zoila Candia de Cajiao, admirada en sus tiempos, y doña Mercedes Diago de Vernaza, gentiles damas de la *elite* popayaneja, que agraciaron con sus bellezas y con sus virtudes los salones y los mejores centros sociales. Otro tanto cabe decir de la señora Sofía Angulo de Reyes, en quien se reunían, como en las otras ya nombradas, las bellezas del cuerpo y las ternuras del alma.

Cabe recordar en este bosquejo de Popayán, un episodio nacional relacionado con uno de sus hijos ilustres: en 1849, cuando el congreso granadino hacía la elección de presidente entre los candidatos López y Gori, el doctor Manuel de Jesús Quijano, padre del doctor José María Quijano Wallis, al emitir su voto, porque era inminente el asesinato de los congresistas, dijo con una entereza digna de un senador romano: «Voto por Gori, para que se asesine al congreso», y clavó su puñal sobre el pupitre que tenía por delante. El doctor Manuel Murillo Toro, que era uno de los escrutadores, enfermó gravemente con tamaña respuesta, y el

incidente dio pie al bardo José Eusebio Caro para una de sus más celebradas composiciones, casi una catilinaria:

*La esposa del romano Golatino
A verse impura prefirió morir;
Los miembros del congreso granadino
Besaron el puñal del asesino
A trueque de vivir!!!*

Sería interminable un artículo dedicado a cantar las glorias de una de las más meritorias e ilustres ciudades colombianas, y, además, la hospitalidad de POPAYÁN tiene su límite, porque el periódico tiene mucho qué decir y mucho en qué ocuparse para informar a sus numerosos e incontables lectores.

Termino, dedicando este modesto bosquejo de Popayán a los doctores Evaristo Delgado (residente en Bogotá) y Primitivo Valencia (residente en Cali), ambos nacidos en Popayán en 1929, hijos preclaros de aquella querida ciudad, cuna, además, de Guillermo Valencia, y en cuyo ambiente creció y se formó el sentido poeta Julio Arboleda, aprestigiados unos y otros por la maternidad de la ilustre capital del departamento del Cauca, a quien saludo emocionado y envío mis recuerdos cariñosos como caucano y como colombiano.

Bogotá, 27 de junio de 1926.

LEOPOLDO TRIANA

De la Academia nacional de historia.

El Gran General Tomás C. de Mosquera

(CONCLUSIÓN)

Era el año de 1830 cuando estalló en Pasto aquella revolución sin bandera ni programa, y aunque encabezada por ambiciosos vulgares, debía ganar numerosos adeptos en toda la república. Entonces fue nombrado el general Pedro Alcántara Herrán para ir a debelar la rebelión. El general Mosquera lo acompañó en su carácter de secretario de guerra a esa expedición, y su actividad y valor dieron por resultado la completa destrucción de las fuerzas revolucionarias en la batalla de Huilquipamba.

Libre la república de sus enemigos del sur, regresó el general Mosquera a la capital y reasumió el mando de la primera división, porque se presentaban nuevos levantamientos en las provincias del norte del Atlántico y en la del Istmo. En previsión de los acontecimientos, su presencia era indispensable en el centro de la república.

Se emprendió la campaña del norte, y sin temor de ser tachados de exageración, podemos asegurar que él fue el héroe de esas jornadas, pues no sólo batió a los rebeldes en todos los encuentros, sino que en el memora-

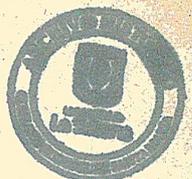
ble combate de Tescua afianzó de manera definitiva el imperio de la constitución.

Habiendo ocurrido nuevos pronunciamientos en el sur, el gobierno lo nombró general en jefe del ejército, con orden de batir a esos enemigos del orden. En la marcha venció todos los obstáculos: cada encuentro con el enemigo fue una victoria, debido siempre a sus talentos militares y a su infatigable energía. La república se pacificó pronto, y entonces se separó del ejército para aceptar el cargo de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante los gobiernos del Perú, Bolivia y Chile.

En esa altísima posición se mostró tan hábil diplomático como experto capitán había sido. Concluyó el tratado que hasta hoy une su país a Chile: liquidó la deuda peruana y preparó las bases de un arreglo definitivo con el Perú.

El congreso de Nueva Granada aprobó la conducta del general en las jornadas de la revolución y dedicó por unanimidad una espada de honor en recompensa de sus méritos.

En 1845 fue llamado a la presidencia de la república. Muy pronto demostraron los actos de su administración que era él quien por vez



primera llevaba al gobierno de su país un plan cuya fiel ejecución debía conducir a la república por la vía del progreso. Concibió y llevó a término la idea de un tratado que garantizó la soberanía del istmo de Panamá y además se reservó el privilegio de construir allí un ferrocarril de comunicación entre los dos mares.

Bajo su administración liberal fue abierto el río Magdalena a la navegación a vapor; las vías que hoy parten de la capital de la república hacia las provincias fueron principiadas en esa época. Fue también en su administración cuando se fundó realmente el poder municipal en la Nueva Granada, se proclamó la tolerancia religiosa, se reformó la enseñanza pública, se fundó la escuela militar como escuela politécnica y se colocó la primera piedra del amplio edificio llamado capitolio.

El general Mosquera tuvo el honor de tomar la iniciativa de la reforma monetaria y de crear la contabilidad pública, como también de establecer la unidad de pesas y medidas. Pero aplicando los principios democráticos en toda su extensión y consagrando la libertad del sufragio, le ocurrió que favoreció así las pretensiones del partido vencido y le facilitó el acceso al poder en las elecciones de 1849.

Después de haber llenado noblemente su encargo de presidente, se retiró a Barranquilla hasta que fue llamado al istmo para apresurar la construcción del ferrocarril. De allí pasó a los Estados Unidos donde, olvidando por algún tiempo la política de su país, se ocupó sólo de asuntos comerciales.

En 1854 regresó al país con la intención de obtener el privilegio que en otro tiempo había solicitado para abrir un camino entre el puerto de Buenaventura y la ciudad de Cali. Esta empresa de incontestable importancia lo ocupó durante algunos años; gracias a sus esfuerzos logró llevarla a término. En ese tiempo, estando en Cartagena, se recibió la noticia de que acababa de efectuarse en la capital de la república un gran levantamiento con ramificaciones en todo el país.

En tan enojosas circunstancias, el general no vaciló en cumplir su deber. Logró cuanto antes y mediante sus consejos desviar a los oficiales de la guarnición de tan funestos proyectos; poniéndose después a la cabeza de las fuerzas que habían permanecido fieles, se constituyó en defensor del gobierno y fue muy feliz para arrancar a su país de la anarquía y salvarlo de la tiranía de los espadachines que, después de su primer suceso, habían improvisado un gobierno provisional en Bogotá.

Como el gobierno constitucional podía contar con el apoyo de las poblaciones del sur de la república, fue entonces hacia el norte que dirigieron sus fuerzas y sus mejores jefes; pero vencidos en todos los encuentros por la táctica del general Mosquera, los insurgentes se vieron obligados a replegarse sobre Bogotá, donde fueron atacados y destruidos por las fuerzas del norte y del sur. Como consecuencia de esta derrota el dictador y los principa-

les personajes del gobierno revolucionario se entregaron al general Mosquera. Los jefes que comandaban en el sur las fuerzas del gobierno y entre los que se distinguía el valiente general París, prestaron ciertamente un concurso eficaz a la pacificación de la república, pero creemos poder afirmar, sin mengua de su mérito, que no habrían obtenido el éxito sin la oportuna cooperación del general Mosquera.

En 1855 fue reelegido diputado; su primer acto, al llegar al congreso, fue presentar un proyecto de amnistía en favor de los responsables de la última revolución; el proyecto fue discutido y aprobado. De 1855 a 1858 se llevó a cabo la federación de la Nueva Granada, debido en gran parte a los esfuerzos del general Mosquera. Desgraciadamente no es fácil cambiar de raíz las condiciones de existencia de las repúblicas por las vías pacíficas. La malévola interpretación de las leyes, la diversidad de intereses de las provincias, su excesiva susceptibilidad en cuanto toque a su soberanía, y a veces la poca flexibilidad de los gobiernos, para no dar otras razones, que el restringido prospecto de nuestra publicación no nos permite enumerar, llevaron el país a la más larga y desastrosa guerra civil que haya afligido a la república. El general Mosquera tomó parte en ella, y poniéndose a la cabeza del gran partido de la soberanía federal, decidió su espada del triunfo de la causa que servía.

No se podría dar el nombre glorioso de victorias a las ventajas adquiridas en la guerra civil, pero no vacilamos en afirmar que sin los éxitos debidos al nombre y al prestigio del general Mosquera, el partido federalista habría perecido infaliblemente.

Por la increíble actividad de que dio pruebas en todas las ocasiones, el general Mosquera separó el Estado del Cauca de la federación; proveyó al país de armas que hizo venir del extranjero, organizó ejércitos, hizo generales, neutralizó el poderío del Estado vecino de Antioquia, batió el ejército de los confederados en Segovia, y después de los combates de Subachoque y Usaquén, marchó a ocupar la capital y se encargó del gobierno supremo.

Pero todo no estaba terminado todavía porque quedaban poderosos enemigos por vencer al sur y al norte de la república. Contra ellos principió el general las operaciones que condujeron a la capitulación de Antioquia. Convocó entonces la convención nacional que se reunió en la ciudad de Rionegro y dimitió el poder supremo.

La convención dió una nueva organización a la república bajo el nombre de Estados Unidos de Colombia; votó la nueva constitución que todavía rige la nación (*); proclamó la abolición de la pena de muerte, la supresión de las comunidades religiosas, la libertad de cultos, la de pensar, la de escribir, la de imprenta y, por fin, la de la enseñanza y la de la industria.

(*) El biógrafo habla en 1869-1870.



Esta misma convención asignó al general Mosquera una renta anual de \$ 12.000 en recompensa de los eminentes servicios que había prestado al país y en compensación de los inmensos sacrificios pecuniarios que él se había impuesto para sostener la guerra de la independencia. La convención lo encargó provisionalmente del poder ejecutivo durante el período electoral que iba a efectuarse conforme a la nueva constitución.

En esa época y encontrándose al frente del poder, con el objetivo de llevar a término un tratado con la vecina república del Ecuador que inmotivadamente había tomado parte en la guerra civil de la confederación, el general Mosquera, a la cabeza de una parte de la guardia colombiana, marchó a tomar posiciones sobre las fronteras del Ecuador. Todos saben en América lo que entonces ocurrió. El gobierno ecuatoriano levantó un ejército y se precipitó a declarar la guerra a Colombia y a invadir su territorio.

Ante estas actitudes agresivas, el general Mosquera no vaciló un momento; y acaso podía vacilar?

Situado casi en el centro de las fuerzas enemigas, tomó la posición que le pareció conveniente para librar batalla a un ejército muy superior en número. Pero la disciplina y el valor de la guardia colombiana debían triunfar del número; fue lo que ocurrió el 6 de diciembre de 1863. El triunfo de los colombianos sobre las tropas ecuatorianas, comandadas por el general Flórez, fue completo.

Después de la victoria de Guaspud el general Mosquera habría podido avanzar sobre Quito sin dificultad; pero como en su concepto no se trataba de una guerra de conquista y menos aún de una intervención en la política del Ecuador, renunció a la gloria efímera de los nuevos acontecimientos y se atuvo a concluir en Penzaqui, con sus enemigos vencidos, un tratado honroso y ventajoso para ambas naciones. Llevó su desprendimiento hasta no exigir el reembolso de los gastos de guerra.

El congreso colombiano reunido a la sazón en Bogotá, honró al vencedor de Guaspud con una condecoración personal y le confirió el título de *Gran General de los Estados Unidos de Colombia*.

El doctor Manuel Murillo, quien lo reemplazó en la presidencia, lo nombró enviado extraordinario ante Austria e Italia. Es a él a quien deben los colombianos el tratado que los une todavía a la primera de estas potencias.

Terminada la administración de don Manuel Murillo, la opinión pública designó unánimemente al gran general Mosquera para la presidencia de la república. Regresó de Europa en 1866 para tomar posesión de sus altas funciones; pero apenas hubo principiado a desarrollar el programa de su administración cuando estalló una revolución militar. Los sediciosos se apoderaron de su persona y lo condujeron ante el senado para ser juzgado. De todos los cargos que los revolucionarios

hicieron pesar sobre el presidente, el senado acogió uno solo: el que le imputaba a crimen haber firmado secretamente con el ministro del Perú en Bogotá un tratado tendiente a arrastrar a Colombia en la alianza de las repúblicas del Pacífico contra España.

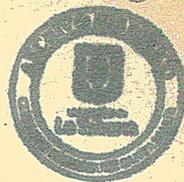
Realmente había sido firmado ese tratado en cumplimiento del de julio de 1822 celebrado con el Perú. El senado pretendió que por no haber sometido el tratado al congreso, el general Mosquera había violado la constitución y declaró, en consecuencia, que quedaba suspendido del ejercicio de la presidencia y condenado a tres años de destierro.

Informado de la resolución del senado colombiano, el generoso gobierno del Perú despachó inmediatamente a un mensajero particular a Bogotá con el encargo de ofrecer hospitalidad al presidente caído. No han trascurrido dos años de permanencia del general en Lima, cuando ya el pueblo colombiano lo llama con instancia para colocarlo, por la quinta vez, a la cabeza de la república. Un acontecimiento extraordinario ocurre en Colombia: los dos grandes partidos políticos — el conservador y el liberal — no forman más que uno — el gran partido nacional — que proclamó al gran general Mosquera candidato a la presidencia de la república para el período constitucional que principia en abril de 1870.

Pero — cosa extraña — para entonces se encontrará todavía en el exilio, y por tanto, la nación en masa se prepara a rehabilitarlo, pues sabe hoy que mediante el tratado por el que se le ha querido proscribir; él asociaba su país a la gloria que debía reflejarse sobre aquellos que en la memorable jornada del 2 de mayo supieron vencer y humillar a España. He aquí por qué el exilio del gran general Mosquera no es sino el ostracismo del que sus compatriotas quieren desprenderlo para traerlo a la presidencia. Creemos sinceramente que jamás hombre alguno, aun contado Bolívar, fue en América objeto de tan simpáticas demostraciones por parte del pueblo.

El gobierno y la sociedad del Perú lo han colmado de distinciones. Durante el destierro, para satisfacer el anhelo de su insaciable actividad, ha escrito y publicado un tratado de cosmogonía que le ha merecido elogios de personas versadas en la materia; también ha dado la última mano a sus memorias sobre la vida del Libertador Simón Bolívar, obra que en breve se dará a la publicidad y que, en nuestro sentir, tendrá el mérito de la imparcialidad, y se considera por anticipado tal vez como la publicación más completa que se haya hecho sobre ese tema.

El general Mosquera acaba de cumplir setenta y un años. Una enfermedad resultante de sus largos estudios y de sus intensos trabajos intelectuales, le ha afectado considerablemente la vista; pero sus facultades mentales conservan esa frescura y esa energía que hacen de él uno de los primeros hombres de esta parte del continente, uno de los raros ejem-



plos del soldado escritor. Posee un tacto particular, un criterio seguro para apreciar las personas y las cosas, y su opinión en materias económicas y administrativas hace autoridad.

Como militar, se ha hecho notable por la penetración y rapidez de sus puntos de vista, por su actividad y por su audacia en medio de las batallas. A consecuencia de un balazo que recibió en la mandíbula inferior, su palabra ha perdido un poco de su claridad, de su sonoridad, pero es siempre persuasiva y despierta siempre el mismo entusiasmo. Su faz es enérgica y distinguida; en una palabra, el general Mosquera reúne a su vasta inteligencia una memoria sorprendente.

Ha escrito una larga memoria sobre la Nueva Granada, obra que ha merecido los honores de una mención de la Sociedad real de Londres, y de la que ha resuelto hacer en estos últimos tiempos un compendio de geografía colombiana, al que ha agregado un pequeño diccionario geográfico. Esta obra contiene la situación de una infinidad de lugares, con indicación, en muchos casos, de la latitud y la longitud, y en otros, con aproximaciones que casi siempre tienen el valor de guarismos. Allí se encuentran muchos miles de nombres a la

disposición de quienes tengan que consultar esta útil obra—una de las más detalladas que existen—porque, repetimos, además de la posición de los pueblos, aldeas, cortijos y chozas, se encuentran allí exactamente indicados el curso de los ríos y de los arroyos, la situación de las montañas y hasta los menores accidentes del terreno.

Terminaremos esta reducida biografía del general Mosquera recordando, para su honor, que es miembro de las sociedades de geografía de Nueva York y de París; de la Sociedad meteorológica de Francia y miembro ausente de su consejo; presidente honorario de la Sociedad de anticuarios del norte (Dinamarca); miembro honorario del Instituto histórico-geográfico del Brasil, de la Sociedad de agronomía práctica de París, de la Sociedad etnológica de Nueva York, de otras sociedades científicas y políticas, y que, como miembro nato de la Sociedad de fundadores de la independencia del Perú, presidida por el jefe de la nación, acaba de ser elegido primer vicepresidente para el período actual.

Por la traducción,

MANUEL PAZ U.

Popayán, junio de 1926.

Placa en honor de don Manuel Torres, primer ministro de Colombia ante el gobierno de los Estados Unidos.

Colocada en Filadelfia, Estados Unidos de América, el 20 de julio.

El 20 de julio se verificó en Filadelfia, Estado de Pensilvania, Estados Unidos de América, la ceremonia de la colocación en una de las paredes de la iglesia de St. Mary, de una placa de bronce en honor de don Manuel Torres, primer ministro de la república de Colombia ante el gobierno de los Estados Unidos, y primer agente diplomático de las repúblicas de la América española que fue recibido oficialmente en Washington en 1822.

Don Manuel Torres vivió por largo tiempo en Filadelfia y murió en aquella ciudad. John Quincy Adams en sus *Memorias* se refiere repetidas veces a la importancia que tuvieron las labores del diplomático colombiano para obtener del gobierno de los Estados Unidos el reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias españolas. Son también muy importantes las entrevistas que en 1822 tuvo Torres con el presidente Monroe sobre puntos de política internacional americana relacionados con la declaración que en el año siguiente hizo el presidente en su histórico mensaje.

En la ceremonia que se verificó el día 20 en Filadelfia hicieron uso de la palabra el ministro de Colombia en los Estados Unidos, doctor Enrique Olaya; el alcalde de Filadelfia, honorable W. Freeland Kendrick; el doctor L. S. Rowe, director general de la Unión pana-

americana, y Mr. Charles Lyon Chandler, secretario del comité Pro-memoria Manuel Torres.

El doctor Olaya pronunció el siguiente discurso:

«Señor alcalde, señores miembros del comité Pro-memoria Manuel Torres, señoras y señores:

«Estamos congregados hoy para rendir homenaje a la memoria de un hombre ilustre cuya existencia se extinguió hace poco más de un siglo en esta ciudad de Filadelfia, después de haber consagrado sus mejores energías a servir la libertad y la independencia de la América española. Por las calles que ante nuestra mirada se ofrecen, desfiló el cortejo fúnebre de don Manuel Torres y sus despojos mortales quedaron sepultados en este cementerio de St. Mary, sobre los muros de cuya iglesia vamos a colocar una lápida que recuerde sus hechos y su nombre. En ese día 17 de junio de 1822, los barcos anclados en las aguas del Delaware llevaron sus banderas a media hasta en señal de duelo: representantes especiales del gobierno federal y del ejército y la marina americana se juntaron a la manifestación de pesar por la desaparición del diplomático amigo, y la ciudad de Filadelfia, donde Torres tuvo su hogar por más de 25 años, rindió tributo de honor al estadista y al caballero que por sus sobresalientes dotes de



inteligencia y de carácter, había ganado la estimación y el afecto de numerosos corazones. Tan relevantes fueron sus méritos y tan grandes las virtudes que adornaban la personalidad moral de don Manuel Torres que el tiempo no los ha borrado, y hoy, pasado un siglo, el gobierno de Colombia y los hijos de Filadelfia, algunos de ellos descendientes de los amigos de aquel ilustre varón, renuevan en este sitio el testimonio de su admiración y gratitud.

«Pocos días antes de morir había puesto Torres en manos del presidente de los Estados Unidos de América la credencial del gobierno de la república de Colombia autorizándolo como su primer agente diplomático en Washington. Aquel acto fue la coronación de una larga labor conducida con mano experta y no marcó únicamente la amistad oficial de las dos repúblicas, sino que fue el punto de partida de una política continental destinada a adquirir proporciones extraordinarias puesto que, por vez primera, era recibido oficialmente en Washington un representante de las repúblicas de la América latina, nacidas a la soberanía y a la independencia después de larga y cruenta contienda. Conmovedoras circunstancias acompañaron aquella ceremonia, pues tan poca vida le restaba a Torres que difícilmente podía marchar sin ayuda, según lo consignó en sus memorias John Quincy Adams. Cuando Torres expresó al presidente Monroe la trascendencia que para el continente americano tenía el reconocimiento de la nueva república, fue vencido por la emoción. El presidente con iguales sentimientos manifestó el gran interés que el gobierno y el pueblo de los Estados Unidos abrigaban por el porvenir de la nación cuya voz llevó Torres en aquel momento histórico. Así quedaba iniciada una era nueva que por sobre las dificultades inevitables en el desarrollo de toda gran concepción, acabará por señalar el triunfo de lo que para el estadista cuya memoria honramos, fue un ideal y un propósito perseguido sin desmayos: la solidaridad de intereses y derechos entre todos los pueblos del continente americano.

«Al espíritu perspicaz de Torres nunca se ocultó que aquella era una sabia orientación de la política internacional americana. En la persecución de tal fin fue un precursor y un hombre de fe, ganando con ello el primer título a la gratitud de los pueblos cuya grandeza y ventura merecieron todos sus desvelos. La época en la cual hubo de desarrollar su labor constituyó en la historia política del nuevo mundo uno de esos períodos decisivos en la suerte de las naciones. Para fortuna de

Colombia y de todo el continente, la generación que hubo de dirigir entonces los acontecimientos fue por el heroísmo y por la previsión, por el desinterés y por la constancia, digna de los grandes deberes de la hora. Si en los campos de batalla era preciso cumplir magnas proezas y levantar las armas a las cimas del más alto sacrificio, en los gabinetes de los estadistas la obra de inteligencia y de sabiduría que era menester realizar, demandaba eximias dotes. En esta faz de actividad civil y diplomática ocupaba puesto de primer orden fundar la amistad de los Estados Unidos de América con las nuevas nacionalidades del sur, sobre bases de justicia y de igualdad. Esa labor en lo que a la Gran Colombia correspondía quedó en manos de Torres y él la cumplió con tal destreza, con tal previsión, con tan claro entendimiento de su trascendencia en el futuro,

que así lo reconocieron los contemporáneos y lo ha consagrado luego el juicio de la historia. Los despachos dirigidos a su gobierno y los que hizo llegar ante el de Washington, así como los relatos que han quedado de sus entrevistas con el presidente Monroe, le dan puesto de primer orden entre las personalidades que en aquella época cimentaron la política exterior de las repúblicas americanas. Todos esos documentos, inspirados invariablemente en un mismo propósito, representan una de las más valiosas contribuciones para el edificio moral que permita a los pueblos de este continente ir unidos en idéntico pensamiento de armonía internacional.



Doctor Enrique Olaya Herrera

«Los parlamentarios y hombres de gobierno que en los Estados Unidos comulgaban en el mismo alto ideal tuvieron siempre en Torres un colaborador tan capaz como entusiasta. Por ser así cuando llegó el día en que el congreso de los Estados Unidos autorizó el envío de agentes diplomáticos a las nuevas naciones independientes de la América del sur, Henry Clay—uno de los más generosos y de los más elocuentes apóstoles de aquella causa—se dirigió a Torres en palabras de cálido alborozo. «Ayer—le escribía al participarle el fausto suceso—la causa de Sur América ha terminado por prevalecer. La cámara adoptó mi resolución, que tiene por sustancial objeto el reconocimiento de los gobiernos independientes y por ello congratulo a usted. En cuando a mí ha sido un día de orgullo y de honda satisfacción. En donde quiera será profundamente sentida la tendencia moral del hecho.»

«De entonces a hoy los sentimientos que



así expresaba Henry Clay y a los cuales servía Torres con profunda devoción, han ganado en poderío y significación. El tiempo ha ido poniendo cada día en mayor relieve el acierto de esas ideas y la visión de los espíritus que les dieron sér. La posteridad le rinde la merecida justicia y cuando nos reunimos en un acto como el de hoy, no es sólo para mirar con orgullo hacia los iniciadores de esa obra sino para tomar fuerza y ejemplo en sus grandes acciones. Si a Torres como a Clay, como a todos los hombres que ilustraron aquella época de la historia continental les fuera dado volver a la vida, podríamos afirmar, conociendo lo que fueron, que su más férvida aspiración sería la de contemplar estrechamente unidas las repúblicas americanas, al amparo de la libertad que tuvo hace ciento cincuenta años en Filadelfia una de las más trascendentales afirmaciones en la historia humana; a la sombra de la prosperidad material, hija de esa misma libertad, que haciendo fuertes a los pueblos los enaltece también moralmente; bajo los auspicios de la justicia, que aproximando a todas las nacionalidades del continente, forma y afianza entre ellas vínculos indestructibles de fraternal amistad».

El doctor Rowe pronunció el siguiente discurso:

«Considero como un alto privilegio el que se me haya permitido participar en esta sencilla pero muy impresionante ceremonia. Para todos aquellos que se interesan en el desarrollo de relaciones más íntimas entre los Estados Unidos y nuestras repúblicas hermanas del sur, la memoria de Manuel Torres tiene una significación y lleva consigo una inspiración que se hace más viva y poderosa a medida que pasan los años. Este patriota vio con una clarividencia concedida a muy pocos estadistas la unidad fundamental de intereses de las

repúblicas americanas, así como también la importancia de una unidad de propósitos y sentimientos. Ningún homenaje más expresivo puede ofrecerse a sus grandes cualidades que la simple mención de que él se dio cuenta, antes que cualquiera de los estadistas de los Estados Unidos, de la necesidad de desarrollar un sistema internacional americano por virtud del cual se mantuviera la paz de este continente, sistema que a la vez viniera a ser, con el trascurso de los años, uno de los más importantes elementos de conservación de la paz universal.

«Cuando en 1822 Manuel Torres fue recibido en su carácter de representante acreditado de la Gran Colombia por el presidente de los Estados Unidos, vio en esta misión el cumplimiento de una de sus más grandes esperanzas. La escena en la Casa Blanca en esa memorable tarde del mes de junio de 1822, cuando, con salud quebrantada, fue presentado oficialmente al presidente Monroe, no sólo constituyó la realización de una gran esperanza sino que fue una promesa, no menos grande, para el porvenir. Aun cuando la doctrina Monroe no se había promulgado hasta entonces, los propósitos por los cuales había trabajado Torres estaban en vía de una pronta fruición.

«Manuel Torres siempre será una gran figura en los anales de las relaciones internacionales del continente americano; siempre ocupará un puesto muy elevado entre los que tuvieron la visión de un panamericanismo constructivo. Es muy apropiado, por lo tanto, que la Unión panamericana, la cual en el verdadero sentido de la palabra es el resultado lógico de sus esfuerzos, rinda en esta gloriosa fecha el más sincero homenaje a su memoria. En nombre de la Unión panamericana deposito esta corona como un tributo a la memoria de un gran patriota americano».

GENEALOGIAS DEL CAUCA

— MIGUEL ANTONIO ARROYO —

CASTRILLON

En una antigua certificación de nobleza expedida en el año de 1656 al doctor don Pedro Galeano de Olarte y Angulo, prebendado de la iglesia metropolitana de Santafé de Bogotá y ministro del supremo consejo de la Inquisición, encontramos el apellido de Castrillón entre los más «ilustres y generosos» de España, con solar conocido desde tiempos remotos en la villa de Castropol, en Asturias de Oviedo.

Entre los primeros del linaje registra la certificación a don Rodrigo Alvarez de Castrillón, esposo de doña María Bernardo de Quiroz, como a señor y mayorazgo de este solar in-

fanzonado (1). El infolio a que nos referimos no determina la época en que floreciera este hidalgo, pero, no obstante, cabe suponerla en las postrimerías del siglo XII por haberse hallado alguno de sus primeros descendientes en la batalla y victoria de Baeza, que fue dada en 1227, o sea en los primeros lustros del siguiente siglo, durante el reinado del santo rey don Fernando el III.

En la misma crónica se habla del capitán

(1) Indistintamente escribían Bernardo o Bernaldo, pero es más propia la forma primera por venir este apellido de Bernardo del Carpio.



Diego de Castrillón y de su esposa Catalina Blandon de Heredia como los abuelos de doña María Vásquez Guadramiros, que fue esposa de su pariente el capitán don Mateo de Castrillón Bernardo de Quiroz y tuvieron por hija a doña Ana de Castrillón Bernardo de Quiroz, mujer del gobernador Juan Gómez de Salazar, de antiguo e ilustre abolengo. De este matrimonio nació don Joseph de Salazar, uno de los antecesores paternos de doña Jerónima Rosa Sáenz del Pontón, esposa del notable payanés don Pedro Agustín de Valencia (1).

* * *

A mediados del siglo xvii llegó a Popayán don Diego de Castrillón Bernardo de Quiroz, descendiente de españoles establecidos en Antioquia, y por la misma época contrajo matrimonio con doña Teresa de Mosquera Figueroa y Silva, hija de don Cristóbal de Mosquera Figueroa y de doña Antonia de Silva. Parece que de este matrimonio quedó descendencia en Antioquia.

En los postreros años del mismo siglo trasladó su residencia desde la capital del virreinato a la floreciente de la gobernación de Popayán otro hidalgo, natural de Asturias y de igual apellido, don Baltasar Fuertes de Castrillón, a quien acompañaba su esposa doña Teresa Alvarez y Villamil. Radicado en la ciudad con cargo de importancia en el cabildo, nacieron aquí sus hijos y fue uno de ellos don Eduardo Fuertes de Castrillón, esposo de doña María Quintana y Arboleda, aristocrática dama que vivió largos años y le tocó presenciar y sufrir las crueldades que los esbirros de Warleta pusieron en juego para martirizar a su hijo don Manuel José. La página de servicios de este patriota se destaca desde el gesto de entereza que opuso al negarse a suscribir la protesta de sumisión al gobierno español, en la asamblea reunida en Cali a raíz del desastre del Tambo. Tan atrevida actitud le acarreó el proceso y prisión de insurgente, y sólo mediante el recurso heroico de fingirse demente e insensible durante el año y medio en que se agotaron los más crueles sistemas para hacerle flaquear en su propósito, pudo salvar la vida y fugarse. La fortaleza de ánimo para soportar durante tanto tiempo tantos y tan continuados suplicios le ha valido a Castrillón el que se le conozca en la historia con el nombre de *el estoico*.

Consolidada la república ocupó Castrillón importantes cargos, como correspondía a sus méritos y servicios por la libertad. Este prócer dejó escritas unas memorias de su vida y murió en la ciudad de su nacimiento en 1859, a la avanzada edad de setenta y ocho años.

(1) Véase genealogía de los Valencias. — POPAYÁN, número 132.

Fue esposa de don Manuel doña Margarita de Espinosa de los Monteros y tuvieron veinticuatro hijos. Tan dilatada descendencia sería interminable seguirla en todos sus enlaces. Uno de ellos, don Gabriel, vivió muchos años en Lima dedicado a experimentaciones físicas, y parece que logró obtener ingeniosos resultados en el problema que era entonces la dirección de los globos aerostáticos; pocos años después murió en Popayán de edad avanzada. Otro hermano del anterior, don Hipólito, casó con la distinguida dama doña Evarista Mosquera y Fajardo, hija de don Mariano Mosquera Ayala y de doña Margarita Fajardo y Barona. Del matrimonio de don Hipólito nacieron: don Eduardo, distinguido caballero que murió en agosto de 1925 y fue casado con doña Soledad Muñoz Obando; doña Margarita, célibe, y don Hipólito, casado con doña Marta Arboleda Llorente.

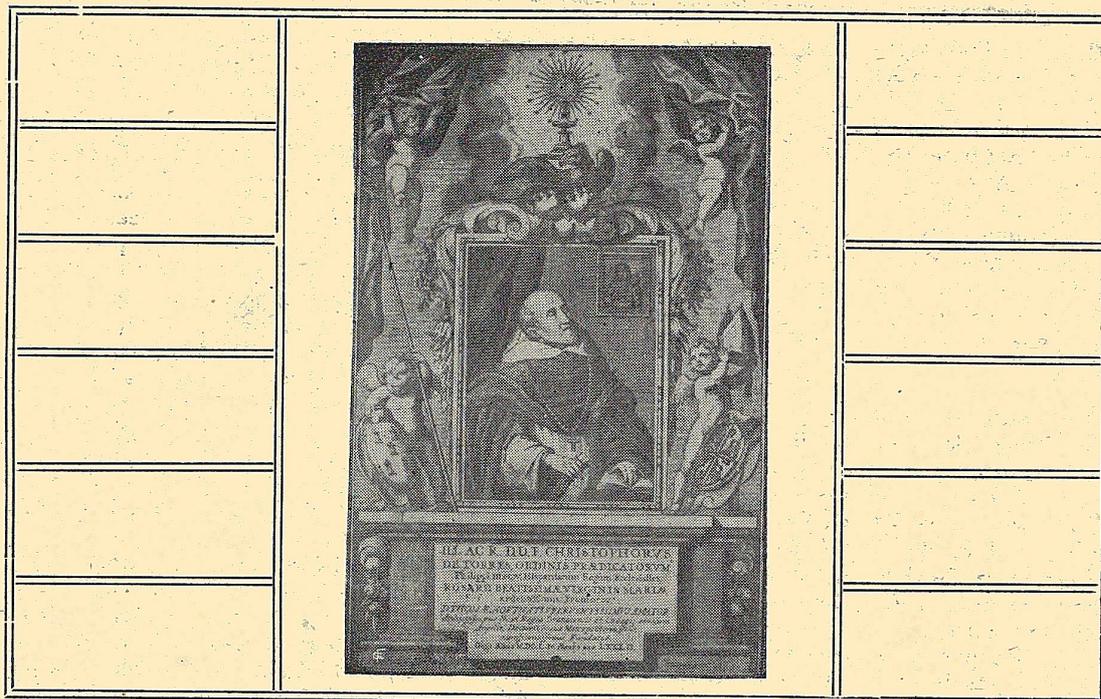
Una segunda rama de descendencia arranca de doña Prima—hija del prócer como el anterior—la cual casó con el doctor Laureano Mosquera y Ribera; de este matrimonio nació doña Rogelia Mosquera y Castrillón, esposa de don Gregorio Llorente y Barona. Existen numerosos descendientes de ambas ramas en Popayán y Cali.

Doña Eloísa, hija también de don Manuel José, casó con el caballero bogotano don Nicolás Balcázar, y una de sus hijas, doña Satoria, fue la esposa de don José María Vergara y Vergara. Otro notable literato, don José María Samper, fue esposo de una hija de Vergara y Vergara. Quedó la descendencia de estos últimos en Bogotá.

* * *

Heráldica—Las armas de este apellido, «misteriosas y simbólicas», según dice el cronista, se componen de un escudo partido en pal de alto a bajo. En el primer cuartel y en campo de plata, va una torre de azur sentada sobre una peña de su color natural y debajo ondas de río; delante de la puerta de la torre aparece un laurel verde. En el segundo cuartel y en campo de oro ostentan dos lobos desollados y en torno una orla de gules con ocho aspas de oro. Sus representaciones son: por la plata, que es color blanco, limpieza, inocencia e integridad; la torre en «memoria y recordación de las que fundó este linaje para defensa de los bárbaros infieles»; el laurel verde simboliza prosperidad; los lobos, valentía con presteza, triunfos de vencimiento y «celos valerosos»; las aspas en memoria de la batalla de Baeza, día del apóstol San Andrés, que sufrió su martirio en una cruz de esa forma; las ondas del río enseñan, por último, con su cambiante del blanco al azur, contrastes de fortuna y poderío padecidos con valor y sufrimiento.





Doctor y Maestro Fray Cristóbal de Torres,

ilustre arzobispo de Santafé de Bogotá y fundador del Colegio de Nuestra Señora del Rosario (1573 - 1654)

UN CURIOSO DOCUMENTO SOBRE LA TRASLACION DE SUS RESTOS EN 1793, DESPUES DE CIENTO TREINTA Y NUEVE AÑOS DE INHUMADOS

De Santafé, juuio 17 de 1793.

Señor Doctor Don Marcelino Arroyo.

Estimado amigo: Deceaba escribir a Vmd. despacio pero los muchos que haceres no me lo han permitido. aora lo hago dando a Vmd. parte que yo he hecho la obra mas interesante al Colegio. así para su honra, como para su estimación y adelantamientos borrándose con todo aquesta fea ingratitud que senos atribuye a los thomistas de haver dexado en tantos años a nro. fundador sin sepultar conforme a su vltima voluntad.

Vencidas muchas dificultades hice la excavación y encontré algunos huesos, y las vestiduras Pontificales quasi enteras con un precioso anillo de Calcedonia montada en oro; todo se guardó en una caja desente que para el efecto havia yo prevenido, la que en hombros de los colegiales fue conducida a la Capilla de Sagrario en donde se mantiene mientras le prevengo a estas apreciabes reliquias el sepulcro en la de nuestro Colegio lo mejor que me sea posible, el que he tenido oy el gusto de verlo concluido aunque no en el todo, pues le faltan ciertos adornos que deve ponerse en la urna donde deven colocarse las cenizas.

El todo es un cuerpo de arquitecturas de orden Dorico rigoroso con dos columnas muy hermosas a los lados del nicho donde deve ir la estatua encima de la urna, la materia es de ladrillo y cal cubierto de yeso de que son las molduras y columnas, todo debe ir enlucido

hasta darle el brillo y lustre del marmol con capiteles y basas barnisadas.

Nunca he pensado tanto a Vmd. como aora para que con su buen gusto e inteligencia me dirigiera esta obra que ha de quedar a la posteridad como prueba del reconocimiento de los Rosarianos acia su venerable Fundador. En fin yo he hecho y haré lo que pueda pues no estoy obligado a mas: quando haya lugar mandaré a Vmd. un diseñito de lo que se ha hecho. El Maestro de todo ha sido un capuchino muy inteligente y havil que ha venido de Valencia poco hace. No se si mi-antesesor escrivio a Vmd. si gustaba concurrir con alguna contribución para los grandes gastos que ocasionará a nuestro Colegio la grande función que deve hacerse en el día de la translación, pero yo estoy muy satisfecho del amor grande de Vmd. para su colegio y esto me basta.

No puedo escrivir a Vmd. mas largo porque estoy muy apurado con la oración funebre de cuyo empeño no sé como saldré; si quedare alguna cosa regular remitiré a Vmd. una copia.

Vmd. sabe que soy apasionado amigo y Capn. Q. B. S. M. (1)

FERNANDO GAYCEDO Y FLOREZ

(Más tarde benemérito patriota y primer arzobispo de la época republicana — 1756-1832).

(1) El grabado del señor Torres y la carta, pertenecer al archivo de la familia Arroyo Díez. Obsérvese el escudo del grabado que es el mismo de los Torres de don Camilo, según lo observamos en nota del número anterior (monografía de los Torres).



UN HERMOSO EPISODIO HISTORICO

LA INCAUTACION Y RESCATE DE LAS JOYAS DE LA IGLESIA DE BARBACOAS 1821 — 1921

(Para mis amigos doctores José Joaquín Casas y Eduardo Posada)

Envío a Barbacoas del teniente coronel don Angel María Varela.—El cura de Guachucal y Cumbal, don Manuel López Pardo.—El hecho de la incautación de las joyas de la iglesia.—El cura de Barbacoas, don Juan Francisco Paladines y Romero.—Las damas del rescate.—Remesas de Varela.—Lista de las valiosas joyas.—Fin.

Según las instrucciones dadas por el intendente del Cauca, coronel don José de Concha, al teniente coronel don Angel María Varela, el 18 de diciembre de 1820 (numerales 5, 6 y 7), «como contribución impuesta por el Libertador a la provincia de Barbacoas, le tocaban cuatrocientos mil pesos de a ocho décimos en plata, para la conclusión de la guerra de la independencia». Era Barbacoas, entonces sobre todo, famosa por la riqueza de sus minas de oro, no menos que por las muchas familias de sangre castellana que allí vivían.

El coronel Varela llegó a Barbacoas con su esposa a fines de diciembre de 1820, o tal vez a principios de enero de 1821, pues con fecha 5 de ese mes ya el cabildo municipal hace mención de Varela en el manifiesto que dirige al vicepresidente Santander, pidiendo sea incorporada Barbacoas «entre las provincias libres en la comprensión de pueblos independientes». Firman este manifiesto el marqués de Miraflores don Mauricio de Quiñones, Manuel Segundo Cortés, Antonio Cabezas, Marcelino Orejuela, Esteban Ferrín, Francisco Preciado y José M. Paz.

Varela permaneció en Barbacoas algo como siete meses, según se desprende de su carta abojo insertada: acaso aprovechando todavía del armisticio pactado en Trujillo por seis meses, entre el Libertador y don Pablo Morillo, el 27 de noviembre de 1820; o acaso por lo bien tratado que fue con su esposa de parte de la noble gente barbacoana. Empero, después del desastre de Jenoy, (2 de febrero de 1821), empezó a tener intranquilidades, si bien no era todavía hostilizado por nadie, y trató de urgir el efectivo de la contribución de guerra. Sea por la dificultad de reunir pronto el dinero, o por otros motivos, es verdad que se dejó estar hasta junio del propio año, y fue entonces cuando tuvo aviso del presbítero don Manuel López Pardo, su amigacho, sobre que había descubierto un próximo intento de don Basilio García para enviarle fuerzas que le coparan la salida al mar. He aquí el borrador de la carta, reivindicada por mí con dinero de miembros de la familia del padre López Pardo y cuyo original conservo junto con otros valiosos documentos:

Un viaje medio al disfraz hecho á Pasto por mi mismo i con reprobacion de mis superiores mas españoles de odios q- de sangre, como tambien los consertados obserbadores q. tenemos, me han impnesto en la sgte. noticia q. doy a vuesam. sobre q. D. Basilio mandará inmediatamente fuerzas pa. taparle la salida al mar. Dicha tropa ira por los dificiles caminos de la Guasca i el Castigo sin duda Patia abajo. El cargero (por carguero) q. le lleba esta carta es de toda mi confianza i el le contará otros pormenores. La carta va plegada en un pedazo de cuero dentro del canasto de viveres q. va pa. la venta. Omito direcciones, pero firmo pa. seguridad de credito.—MANUEL LOPEZ PARDO. Guachucal, Junio 29 de 1821. (El número 9 parece cero: puede ser 20 de junio).

Después de este tan seguro como oportuno aviso, Varela ya no pensó sino en apresurar su regreso a Cali, haciendo efectivo el máximo de la contribución. Convocó, pues, al cabildo y demás vecinos de representación y dinero, para notificarles orden perentoria de consignarle la cantidad inmediatamente, habiendo colocado nada menos que una escolta en la puerta del salón donde este concurso se había reunido. Muchos de los encerrados, de esta manera sorpresiva y no jamás imaginada, hicieron traer de sus viviendas cuanto podían dar de pronto contado, que fue relativamente poco; si bien ofrecieron por su palabra de honor ir hasta sus reales de minas, a fin de completar y presentar la suma total de la contribución. Varela les aceptó la promesa y los dejó salir, si bien advirtiéndoles que incautaba nada menos que las valiosas joyas de la iglesia, para obligarles a cumplir la palabra de honor de traerle la contribución cuanto antes, pues que les descubría que sabía de cierto cómo el coronel don Basilio García trataba de taparle su salida al mar.

Quien designó esa como fianza de las joyas fue precisamente Varela, no el cura don Juan Francisco Paladines y Romero, como gratuitamente oímos afirmar a algún orador en las fiestas centenarias de Barbacoas. Fue, decimos, Varela, de quien anota el historiador ecuatoriano don Pablo Herrera que «tenía prontas y decisivas determinaciones, que las tomaba sin trepidar»; y es claro que hizo la incautación a disgusto del cura y de todos los moradores, apegados naturalmente a esas prendas expositivas de su fe y patriotismo, ora por el valor y antigüedad de ellas, ora como barbacoanos y cristianos a toda prueba.



Presbítero doctor José Benjamín Arteaga

Por lo demás, el coronel Varela no era un descreído, como no lo fue ninguno de nuestros próceres, sino algunos, pero mucho después de los vaivenes partidaristas que sabemos: quien lo niega se opone a la historia. De manera que la incautación de las valiosas alhajas obedecía tanto a la seguridad que el comandante quería buscar para hacer efectiva la contribución, cuánto al tiempo que intentaba ganar para volverse a Cali, antes de ser copado por las fuerzas de don Basilio. La prueba la deduzco de esta contestación de Varela al P. López Pardo, de cuya autenticidad respondo: *Cuanto le soy agradecido por el aviso oportuno q. me da V. M. de la gente enviada por D. Basilio. De Popayan igualmente se hacen parecidas suposiciones, q. pasan a ser verdad con este aviso. Para apurar mi marcha me he visto forzado a tomar en rehenes las valiosas joyas del templo; mas libreme Dios de llebarmelas como pudiera creerse, pero con ellas urgire lo efectivo de las contribuciones, ya q. mas de seis meses estoy aquí entretenido con promesas. Pronto tendrá nueva carta V. M. si llego a Cali. Dios lo guarde muchos años. Barbacoas a 10 de julio de 1821.—A. M. VARELA.*—Luego viene una nota que dice: *El peon regresa con toda seguridad. V.*

El cura Paladines y Romero reunió a las señoras salientes de la población y con ellas se presentó ante Varela, ya para reiterar promesas de cumplimiento cuanto a la contribución, ya para descubrir si el militar tenía siniestras intenciones con las joyas. Varela ofrece volverlas, pero asegura de irse con ellas si los hombres no regresaban pronto de las minas. Pasan cuatro días, pasa una semana, y nadie vuelve. Varela urge, amenaza y finge aprestos de viaje. Las damas se le presentan: lloran, prometen, reclaman y hasta ofrecen sus propias joyas, a fin de reivindicar las de la

iglesia. Varela se hace de rogar y les manifiesta que de la fuerte suma pedida y exigida durante meses, tan sólo ha recibido veinte mil pesos. Vuelve a intimidarlas y al fin acepta la generosa oferta de las joyas de las damas, pero con la condición de recibir por medio de balanza el equivalente de las alhajas incautadas, pertenecientes a la iglesia. Procede a ello, al parecer, de manera inmisericorde y con todo el marcial denuedo de jefe constituido en situación asaz urgente y peligrosa. Y así se hizo, para gloria de la fe, de Colombia y Barbacoas. El hecho fue trascendental y grandioso en aras de Religión y Patria.

Con especial veneración y deferencia con signo aquí los nombres de aquellas heroínas, ya que en ellas reconocerán los barbacoanos su sangre y su derecho tradicional y hereditario de piedad y patriotismo, que es al mismo tiempo un ejemplar singular y privativo en toda la historia de nuestra independencia. Esos nombres, mil veces venerados y recomendables, son estos: doña Inés Gómez de la Rúa; doña María Josefa Salas, doña María Estacio, doña Ana González, doña María Jerónima Díaz del Castillo, doña Gregoria Cortés, doña Flora Ferrín, doña Valentina Preciado, doña Rosa Serrano, doña Luz Sevillano, doña Juana Ortiz, doña Fermina Zamora, doña Justa Villegas, doña María Preciado, doña Vicenta Requejo, doña Javiere Requejo y doña Valentina Serrano.

Es fama y tradición constante en Barbacoas que, cuando todas estas nobilísimas damas se hallaban incompetentes para nivelar el peso de las alhajas de la iglesia con las suyas, y especialmente el de la custodia de oro macizo, se presentó doña LIBERATA BATALLAS, quien logró llenar el peso salvador de las joyas, peso grande y valioso, según se colige de este oficio de Varela, fechado en Izcuandé el 24 de septiembre de 1821 y dirigido al coronel Concha a Cali. Dice así: *Señor Coronel: El Sr. Ignacio Ordoñez q. marcha para esa es el conductor de novecientos setenta y cinco marcos de plata labrada en piezas desbaratadas y se comprende en cinco cajones. Nueve libras quince onzas y una cuarta de oro en polvo, y piezas desbaratadas (1) del mismo metal, correspondiente uno y otro al donativo contingente q. de orden de V. M. impuse a Barbacoas. Estas remesas las hago sin orden de V. M. previendo únicamente el riesgo q. hay actualmente en la costa, según avisos mutuos q. nos hemos dado (2). Dios gde. a V. M. muchos años.—ANGE M. VARELA.*

Como consta que en esa época remota la onza de oro sólo valía diez pesos de a ocho décimos en plata, parece claro que Varela

(1) Las piezas desbaratadas de oro decía, el P. López Pardo que sumaban mayor peso que el de las de la iglesia y que esas piezas correspondían a las damas barbacoanas, y que el «oro quedaba inferior a la mucha pedrería». — (Carta al padre José M. Burbano, cura de Las Huacas.

(2) Estos avisos mutuos sin duda deben hacer relación a cartas de Concha a Varela y en ellas se habría fundado éste cuando decía al cura López Pardo, «de Popayán se hacen igualmente parecidas suposiciones».



recibió mucho más de lo que expresa este oficio. Ese resto o mandaría con otros recomendados, o llevaría él mismo, fuera de los abundantes regalos personales que recibió su mujer, llamada familiarmente «la Chepa». El señor Ildefonso Díaz del Castillo, muy conocido en la Academia Nacional de Historia, nos aseguró que poseía una carta de Varela, dirigida desde Izcuané al cabildo, donde dizque hace mérito y recuento de los muchos regalos hechos en Barbacoas a su esposa. Y es que ha sido costumbre barbacoana el regalar a cualquiera autoridad, amigo o servidor, con dádivas en que campea el oro, y a veces hasta con joyas de uso personal.

Lista de las alhajas rescatadas

1) Una custodia de oro macizo. En el pedestal tiene cuarenta amatistas. La columna de la misma tiene seis amatistas grandes en joyadas. El rayo o circunferencia tiene por el reverso diez y seis amatistas, cuatro esmeraldas grandes y ciento sesenta y dos entre medianas y pequeñas. Por el frente tiene cuatro esmeraldas grandes y setenta y nueve pequeñas. Tiene, además, doscientos treinta y tres diamantes asegurados en sus joyeles respectivos. El viril está cubierto de diamantes. Peso total, veintiuna libras en báscula.

2) Un vestido de oro de la Patrona, llamada la Virgen de Atocha. El vestido tiene cuatro rosetones de oro plegadizos y formando un manto. Los dos rosetones delanteros tienen ciento nueve esmeraldas grandes y los traseros cuarenta y siete amatistas. Cada lámina y rosetón pesa dos libras de oro.

3) Un par de zarcillos con catorce topacios y ciento treinta y tres chispas de diamante.

4) Un collar de oro con ocho esmeraldas grandes.

5) Un prendedor en forma de corazón: tiene doce esmeraldas grandes y está tachonado con cien diamantes.

6) Dos pares más de zarcillos cubiertos de perlas finas.

7) Dos cadenas de oro, la una con diez cilindrones y la otra con dos borlas, cada una con veintiocho perlas.

8) Un rosario de oro con ciento diez y nueve perlas finas.

9) Una llave del sagrario con su respectiva cadena, todo de oro, de peso de seis onzas doce adarmes.

10) Dos cetros de oro; el uno con cuatro azucenas y cincuenta y dos perlas, y el otro repujado de palomitas de oro y perlas.

11) Dos coronas de oro, la una de la Patrona, tachonada de esmeraldas, rubíes y amatistas, y la otra del Niño, que tiene seis rubíes y colgando por dentro una inmensa esmeralda llamada del aguacate, por tener la figura de esa fruta.

12) Un cáliz de oro con patena del mismo metal. Pesa doscientas veinte onzas con catorce adarmes.

13) Un bastón de carey con empuñadura de oro.

14) Un collar de oro y un escapulario del Niño, de peso completo de dos libras.

15) Muchas esmeraldas, amatistas y perlas finas: por todo, trescientas ochenta.

NOTA—Las piezas de plata pesen tres quintales y unas libras (1).

(Datos oficiales dados por el párroco Lucas A. Ortiz M.—Barbacoas, 9 de agosto de 1921. Firma como secretario don Jorge Tulio Quiñones M.)

Como final de este hermoso episodio, diré que lo he entresacado de mi opúsculo, todavía sin publicar, intitulado *Reseña histórica de los festejos que Barbacoas ha celebrado con motivo del primer centenario del rescate de las joyas de la iglesia parroquial*. (Del 3 al 7 de agosto de 1921).

Fuí invitado galantemente a esas fiestas, como lo fueron desde el excelentísimo señor presidente de la república hasta el último colombiano constituido en autoridad. Esas fiestas se exhibieron como una cita de acrisolado patriotismo, un certamen de hidalguía y generosidad y el ejercicio perfectamente combinado de sentimientos religiosos en el culto católico. Para formarme idea de los quilates de nobleza, religiosidad y patriotismo de las heroínas de 1821, estuvo bien que yo hubiera visto y tratado a la actual descendencia proceras de los barbacoanos: que no parece sino que Barbacoas, en esas fiestas, volvió a vivir la vida de Religión y Patria de 1821, cuyo episodio he consignado, aun antes de hacer la publicación de los festejos.

Popayán, a 26 de octubre de 1926.

JOSE BENJAMIN ARTEAGA, Pbro.

Socio correspondiente de la Academia Nacional de Historia.

(Con licencia eclesiástica)

(1) Ha sido tradición constante en todos los barbacoanos, sin distinción de colores políticos, la custodia religiosamente perfecta de todas estas alhajas de la iglesia, y de manera especial en tiempo de nuestras guerras intestinas, pues entonces siempre han deputado comisiones de gente honrada para esconderlas y librarlas de los abusos de las tropas.





LA PASIONARIA VALENCIANA

(PASSIFLORA) — POR ANTONIO GARCIA

La pasionaria es el género más importante de la hermosa familia de las *pasifloreas*, y corresponde a la ginandria pentandria del sistema sexual de Linneo, que comprende las flores que tienen cinco estambres que nacen en el pistilo y forman con él un solo cuerpo.

Las pasionarias son vegetales, la mayor parte leñosos, perennes, de tallos volubles y provistos de zarcillos que les sirven para agarrarse y trepar a los árboles en cuyas ramas y follaje se desarrollan y viven indefinidamente.

Unas pocas especies de pasionarias son arbóreas y sus frutos son amargos y por consiguiente no comestibles.

La *pasionaria glauca* del Quindío y la *pasionaria emarginata* de Popayán, de cuya especie sólo encontraron un solo ejemplar los sabios Humboldt y Bonpland, son arbóreas.

Las flores de la pasionaria tienen una organización muy singular, en las que se ha creído reconocer varias de las insignias de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, particularmente la corona de espinas, la columna, las cinco llagas, los tres clavos etc., y de aquí les viene el nombre de *pasionarias*.

Esta simpática familia comprende plantas la mayor parte americanas de las regiones intertropicales y las más importantes pertenecen a la flora colombiana.

En el mes de mayo de 1915 tuvimos ocasión de encontrar un ejemplar de pasionaria arbórea en plena florecencia en la montaña de Ortega, distrito de Cajibío, la que más tarde fue identificada por los sabios naturalistas doctores Pennell y Ellsmorth Paine Killip, el último especialista en el estudio de las pasifloréas.

La especie en que nos ocupamos tiene la mayor semejanza con la pasionaria emarginata descrita por Humboldt, de la que difiere en el tamaño del árbol y en que los tallos tiernos, los peciolos, la parte inferior de las hojas y los órganos sexuales son perfectamente lisos, mientras que en aquella están cubiertos de pelos muy cortos, muy juntos y de color rojizo.

El ejemplar que tenemos a la vista fue traído muy pequeño hace cuatro años de la montaña nombrada; se ha aclimatado muy bien y ha empezado a florecer, pero la mayor parte de las flores caen antes de su desarrollo, y por consiguiente no fructificará en esta ocasión.

El árbol mide hoy tres y medio metros de



altura y en su completo desarrollo alcanza a cuatro metros; en su aspecto se parece al del cacao (*theobroma cacao*). El tronco al llegar a cierta altura proporcional se ramifica en tallos rectos y erguidos que se desgajan con mucha facilidad.

Las hojas son grandes; en su completo desarrollo alcanzan a veinte centímetros de la base al ápice; oblongas, enteras, alternas, lisas, pecioladas; las nervaduras central y laterales muy pronunciadas; color verde amarillento en la primera edad, más intenso en la vejez y toman una forma recogida. Los peciolos son acanalados en la parte superior.

Las flores bellísimas son dicótomas (nacen en las axilas de las hojas pareadas)

sostenidas en pedúnculos largos, cilíndricos y lisos. El cáliz acampanado forma un perianto petaloideo de color blanco puro como el de los azahares del naranjo, y está dividido en diez lacinias persistentes, cinco exteriores más gruesas y cinco interiores.

La corola está reemplazada por una serie de apéndices filamentosos a manera de estambres estériles, blancos en la mitad inferior y amarillos en la superior; el conjunto de estos órganos colocados en fila circular al rededor de los órganos sexuales, forma una corona perfecta. El número de estos filamentos es generalmente treinta y tres, precisamente la edad de Cristo.

Los estambres monadelfos unidos en la base forman una columna estipitada (más gruesa en la parte inferior) coronada por el ovario; el polen de los estambres, que son cinco, es de un hermoso color amarillo de oro.

El ovario es en forma ovalada, termina en tres estilos más altos que los estambres, separados desde su origen y divergentes, terminan en estigmas en cabeza, imitando clavos; los estilos acompañan al fruto hasta su completa madurez.

El fruto es una cápsula de consistencia coriácea de forma ovalada, unilocular y polisperma (muchas semillas).

Las semillas negras y ásperas están cubiertas de una carnosidad acuosa muy amarga.

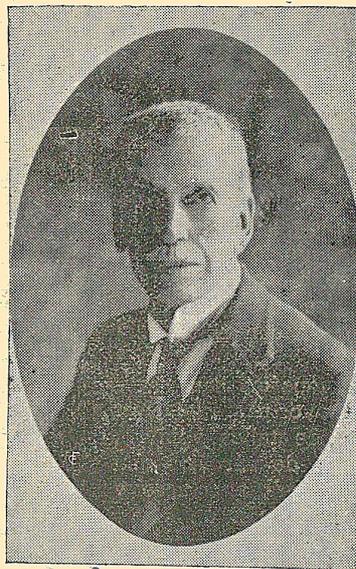
Las pasionarias se reproducen por semillas, para lo cual se lavan hasta que se desprenda la parte gelatinosa que las envuelve; se secan al sol, se hacen los almásigos en cajones y



se trasplantan cuando las matitas tienen cuatro hojas.

Si la especie o variedad de pasionaria arbórea que hemos descrito, propia de la cordillera occidental de los Andes, fuera innominada, lo que es de suponer, ya que no figura en los catálogos de la flora colombiana, y por las diferencias que la separan de las dos especies conocidas, la *P. emarginata* y la *P. glauca*, valdría la pena de hacerla estudiar químicamente para conocer sus propiedades terapéuticas; cultivarla como una maravilla ornamental y dedicarla a algún colombiano ilustre.

Don Jorge García O. (q. d. D. g.), joven estudioso y entendido en la materia, nos sugirió la idea de bautizar esta rara especie hallada en el suelo caucano, con el nombre de *pasionaria valenciana*, para vincular en un precioso ornato de la naturaleza tropical, el nombre del por tantos títulos ilustre payanés don Guillermo Valencia.



Don Antonio García

Compendio Histórico y Cronológico del Obispado de Popayán

— MANUEL ANTONIO BUENO Y QUIJANO —

1—El obispado de Popayán ocupa un rico y hermoso territorio situado en el corazón de la zona tórrida, en el sur de los Estados Unidos de Colombia, en la América meridional, en la parte más bella de la cordillera de los Andes. Comprende climas diferentes entre los valles que forman las ramas oriental y occidental de esa grandiosa cordillera, con excepción del obispado de Pasto y algunos pueblos del Estado del Tolima que pertenecen al arzobispado de Bogotá. El obispado de Popayán comprende todo el resto del Estado soberano del Cauca y la parte sur del Tolima, siendo sus líneas divisorias, al oriente, la altura de Pico María y quebrada de Las Vueltas en el Estado del Tolima, separándolo del arzobispado de Bogotá. Al occidente el mar Pacífico desde la embocadura del río Guapi hasta la del río San Juan, adelante de la bahía de Buenaventura (1). Al sur, toda la extensión del río Mayo hasta su embocadura en el río Patía, que lo divide del obispado de Pasto; al norte, el pueblo de Quibdó hasta la desembocadura del río de en el Atlántico, que lo separa del obispado de Cartagena, y al noroeste el río Pore, en que está la división con el obispado de Antioquia (2).

(1) Los límites siguen hasta el istmo, pasan y van al Atrato.

(2) Al obispado que se erigió en Antioquia separándolo del de Popayán, se le pusieron los mismos límites que tenía el gobierno civil cuando los españoles gobernaban la América, y éstos eran el río Pore al sur de Antioquia. Sin saberse qué fundamentos hubiera, se ha

Popayán, la capital de la diócesis, se halla situada a los 2° 26' 17" de latitud norte; temperamento medio 18° del termómetro centígrado; altura sobre el nivel del mar 1775-5, según Humboldt.

2—Cuando se erigió este obispado, en 1.º de septiembre de 1546 por nuestro santo padre Paulo III, se extendió la diócesis y ocupaba al norte la mayor parte del obispado de Antioquia y al sur todo el obispado de Pasto. En su principio no había en esta vasta extensión ni

extendido ese obispado hasta la parroquia de Manizales, aque de del citado río. Un respetable eclesiástico ha asegurado que el ilustrísimo señor doctor don Mariano Garnica, primer obispo de Antioquia, como delegado apostólico había fijado esos límites a su obispado; pero tenemos la pena de decir que si esto fue así, se procedió anticanónicamente, porque perteneciendo el Seminario de la ribera sur a este obispado, debió pedirse el consentimiento al señor obispo y éste hacerlo al venerable capítulo de esta catedral, pues en 1825 en que el señor Garnica fue obispo de Antioquia, existió el ilustrísimo señor Padilla, obispo de Popayán, y con él debió contarse para desmembrarle su obispado, y con estos antecedentes ocurrir a la santa sede apostólica para su aprobación, lo que no se verificó, pues no hay constancia ni en el archivo del gobierno eclesiástico ni en el del capítulo. Esto se practicó cuando se desmembró el obispado de Pasto del de Popayán, para cuyo acto se exigió el consentimiento de los ilustrísimos señores obispos Cuero y Torres, quienes oyendo el informe favorable de su capítulo, dieron su consentimiento, y así fue como Su Santidad erigió el obispado de Pasto. Sin embargo, esta cuestión de límites de los obispos de Popayán y Antioquia la aclaran la real cédula que creó el segundo y la bula pontificia que lo erigió. Allí se encuentran los límites precisos de ambos obispos.



la población ni la industria bastante para erigir en ella otros obispados. Pero aumentada la población y desarrollada la industria, en 16 de julio de 1597 el rey de España mandó una real cédula pidiendo informes para erigir en Antioquia un nuevo obispado. Pasaron muchos años hasta la visita que hizo de la provincia de Antioquia el oidor don Juan Antonio Mon en 1788, quien manifestó al ilustrísimo señor arzobispo Caballero y Góngora la necesidad de la erección de este obispado. El señor Góngora como virrey acogió las indicaciones del señor Mon e informó favorablemente a la corte, y el rey se decidió a crear este nuevo obispado, pero dispuso que no se llevara a efecto la erección del nuevo obispado durante la vida del Ilustrísimo señor don Angel Velarde, 21.º obispo de esta diócesis. Muerto este virtuoso prelado en 6 de julio de 1809, se llevó a efecto la erección del obispado de Antioquia, presentando para su primer obispo al ilustrísimo señor doctor fray Fernando Cano, de la orden de San Francisco de Asís; pero como no vino a su obispado, continuó unido Antioquia al obispado de Popayán, hasta que terminada la guerra de la independencia de América, el congreso colombiano eligió al ilustrísimo señor doctor fray Mariano Garnica, de la orden de predicadores, para la mitra de Antioquia en 1825, el que, consagrado en Bogotá, vino a Antioquia y verificó la erección material de este obispado.

3—Aumentada la población y desarrollada la industria en este obispado y agregadas a él las parroquias de las antiguas provincias de Pasto, Túquerres, Barbacoas e Izcuané, por rescripto pontificio de nuestro Santo Padre el señor Gregorio XVI, de 22 de septiembre de 1835, las que hasta entonces retenía el obispado de Quito; fue necesario crear un obispo auxiliar del de Popayán, con residencia en Pasto, lo que se verificó por bula del señor Gregorio XVI, de 24 de febrero de 1836, y el congreso de la Nueva Granada designó para primer obispo al padre fray Antonio Burbano, natural de esa ciudad y religioso de San Agustín, el que murió sin consagrarse. Por su fallecimiento, el congreso nombró segundo obispo al ilustrísimo señor doctor Mateo González Rubio, deán de Cartagena, que consagrado en 1841 por el ilustrísimo señor don Juan Fernández de Sotomayor, vino a Pasto por Barbacoas y a poco tiempo murió en aquella ciudad. Por su muerte, el congreso granadino designó como tercer obispo al ilustrísimo señor doctor José Elías Puyana, deán de Pamplona, consagrado por el obispo de esa diócesis; ilustrísimo señor doctor José Jorge Torres Estans, vino a Pasto, y habiendo promovido la erección del obispado de Pasto independiente del de Popayán, así lo efectuó nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX por las letras apostólicas *In excelsa militantis*, expedidas en Roma, bajo el anillo del Pescador, el 4 de los idus de abril (10 de abril de 1859). Y por el decreto consistorial *Ex quo Catholica*, de 10 de abril

de 1859, que contiene veinte capítulos, siendo el ilustrísimo señor Puyana el primer obispo propio de Pasto (1).

4—Reinando en España el emperador y rey Carlos V, gobernando la iglesia universal nuestro santo padre Paulo III, don Sebastián de Belalcázar, uno de los principales y más esforzados tenientes de don Francisco Pizarro, después de hacer viajes penosos y trabajos importantes en la conquista de Nueva España y en la de los reinos de Guzco y Quito sujetos a los incas, fundó esta última ciudad, hoy capital de la república del Ecuador, en 1534; salió de Quito en 1536 con ciento cincuenta caballos y otros tantos infantes a descubrir en el afamado reino de Cundinamarca el *Dorado* y las ricas tierras gobernadas por los caciques Calambás y Payán o Pubén, que eran hermanos. Con tan reducida fuerza, el esforzado Belalcázar verificó su marcha, adelantando siempre, a pesar de la resistencia de los indios, que eran muchos y valientes, penetrando en la provincia de los Pastos, perteneciente a los incas. Vencidos los obstáculos, superaban

(1) Debiendo ser la división natural, los montes en que tiene su origen el río Guaitarilla siguiendo su curso hasta su confluencia en el río Mayo, continuando el curso de este río hasta su unión con el Patía y siguiendo el curso de este río hasta su embocadura en el Pacífico en el punto de Salahonda. El excelentísimo señor delegado apostólico, monseñor Miecislao Ledochowski, recibió datos inexactos, y en el croquis que remitió a la santa sede, con el objeto de no dejar incongrua la parroquia de La Cruz, fue necesario dejarle la viceparroquia de San Pablo, situada allende la ribera izquierda del río Mayo, contra la primera demarcación. Así también quedó completamente arruinada la antigua parroquia de Guapi, colindante con la de Izcuané, pues poniendo por límites de los dos obispados por el poniente el río Guapi desde sus vertientes hasta su embocadura en el Pacífico, quedaron sólo la iglesia y unas pocas casas al obispado de Pasto, y la mayor parte de la población de Guapi, de esta margen del río, al de Popayán; de modo que el eclesiástico que sirva esa iglesia sufrirá muchas necesidades, y para remediarlas tiene que pasar el río, para hallar recursos en el obispado de Popayán, lo que no deja de tener en la práctica graves inconvenientes; así es que sería muy útil, para bien de los vecinos de la margen opuesta del río, que los dos prelados de Popayán y Pasto se convinieran en este arreglo y solicitaran de la santa sede apostólica que la línea divisoria de los dos obispados fuera la siguiente: de las cabeceras del río Guapi, línea recta para abajo, hasta el estero de los Limonares, y de allí hasta Chamanzará, en la costa del mar, y no la que tiene hoy. Así la iglesia y las pocas casas de Guapi quedarían en el obispado de Popayán, de cuya capital está mucho más próxima esta parroquia que de la capital del de Pasto. De manera que no pudiendo ser parroquia tan reducida población, tendría que agregarse a Izcuané, y entonces, cuando son fuertes las mareas, el párroco de Izcuané no podría ir a Tresrios en menos de trece días y de este punto a Guapi en seis leguas. Por eso los vecinos de la antigua parroquia de Guapi solicitaron del ilustrísimo señor obispo don Pedro Antonio Torres su agregación al obispado de Popayán, y el ilustrísimo señor don Domingo Antonio Beano, obispo de Antioquia, cuando estuvo desterrado en Izcuané comprendió la necesidad de que la antigua Guapi perteneciera a Popayán, desmembrándose de Pasto, por lo difícil de su administración; porque o el ilustrísimo señor obispo de Pasto ponía allí un cura que administrara sin congrua sustentación, o la administraba el cura de Izcuané, y una y otra cosa presentan graves dificultades.

las dificultades de tan malos caminos, triunfando siempre de numerosos ejércitos de indios en los Pastos y principalmente en Patía, en donde halló una obstinada resistencia, llegó al fin a un delicioso valle en el cual tenía su residencia el valeroso cacique Payán o Pubén, al que sujetó. La amena situación, la variada y risueña campiña y la suavidad del clima, determinaron a Belalcázar a fundar una población que llamó Popayán, del nombre de su último cacique. La vez primera que se dio culto al Dios verdadero en estos desiertos aún idólatras, según una tradición cierta y constante, fue el 15 de agosto de 1537, en una pequeña iglesia de paja, día de la Asunción a los cielos de la Inmaculada Virgen María, a quien se eligió patrona principal de la catedral y del obispado en la erección que se hizo en Aranda del Duero, obispado de Ozma, por el ilustrísimo señor don Juan del Valle, su primer obispo; en 8 de septiembre de 1547, repitiéndose lo mismo en 1548.

5—Fundada Popayán por Belalcázar en los últimos días de diciembre de 1536, en el curso de los diez años siguientes se hizo asiento de gobierno y comenzó a poblarse con los más distinguidos compañeros de armas de su descubridor. Primero se le dió el título de villa y en 25 de junio de 1538 se le concedió el de ciudad. Paulo III erigió este obispado por bula de 1.º de septiembre de 1546, duodécimo de su pontificado, señalando a Popayán para residencia del obispo con su capítulo y cabecera de la diócesis. En 1547 don Pedro Agustín de Valencia construyó la casa de moneda que hoy existe, gastando más de cien mil pesos, y con cédula real acuñó moneda con las armas reales. Posteriormente el rey incorporó la casa a la corona, reconoció el rédito de los cien mil pesos a favor del fundador de la casa y dispuso que el tesorero de la casa fuera de la familia Valencia, dándole anualmente cinco mil pesos, pudiendo servir el destino los Valencias de España por sustituto. Así permaneció aún en la república de Colombia. Mas hoy el tesorero lo nombra el gobierno, designando la persona que tiene a bien, y no se paga la pensión de los cinco mil pesos.

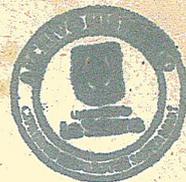
6—Hecha la fundación de Popayán, Belalcázar marchó a Cundinamarca atravesando la cordillera oriental por el páramo de Guanacas, y no por las Ansermas, como han supuesto algunos historiadores. Después salió a Neiva y se dirigió a Cundinamarca (hoy Santafé de Bogotá) en donde, reunido con don Gonzalo Jiménez de Quesada y don Nicolás Federmán, que llegó a Cundinamarca por Venezuela, se dirigieron los tres a España, saliendo de Santafé el 12 de mayo de 1539. Belalcázar regresó de España y entró al Cauca por el puerto de Buenaventura, trayendo el título de adelantado y gobernador, por real cédula de 10 de mayo de 1540. Estando en España obtuvo para Popayán el título de «muy noble y muy leal ciudad»; con que el rey la condecoró por cédula de 23 de octubre de 1548, título que

llegó estando ya Belalcázar en Popayán. Vivió en esta ciudad, y de este esclarecido capitán existe hoy numerosa descendencia, aunque la que llevaba su apellido se extinguió desde el siglo pasado, pero por línea femenina se conserva en la de Fajardos, a cuyo favor se fundó un mayorazgo, que se extinguió en virtud de la ley de Colombia en el señor Ventura Fajardo y Varona. No hay familia ilustre en Popayán que no esté relacionada con la de Belalcázar. Habiendo éste regresado de España, supo lo que el mariscal Jorge Robledo había hecho con los lugares que él descubrió; Belalcázar lo juzgó y le hizo dar garrote; le hizo cortar la cabeza el 5 de octubre de 1546 y su cadáver fue sepultado en la loma del Pozo. Doña María Carvajal, viuda del mariscal Robledo, fue a Santafé, obtuvo del oidor Francisco Briceño que juzgara a Belalcázar; lo hizo en efecto y lo condenó a muerte. Belalcázar apeló de la sentencia, el oidor lo remitió a la corte a seguir su apelación y murió en Cartagena en 1550. Doña María Carvajal casó poco tiempo después en terceras nupcias con el oidor Briceño, que juzgó y condenó a Belalcázar porque había hecho ejecutar al mariscal Robledo, esposo de la viuda con que casó.

7—Popayán, capital del obispado, situada en las bellas márgenes del río Cauca, que naciendo al sur de Coconuco, del páramo de Las Papas, en la laguna del Buey, recorriendo parte del obispado por todo el valle del Cauca, penetra en el obispado de Antioquia y uniéndose con el río Magdalena en Tacaloo, en donde apenas tiene treinta y nueve metros sobre el nivel del mar, conserva hasta allí su nombre, y fecundiza todo el territorio que recorre. Popayán goza de un clima apacible, y tan delicioso, que parece inventado por los poetas, según la expresión del célebre granadino Caldas. Aunque está situada cerca de los volcanes de Puracé y Sotará, en una situación pintoresca, reúne las producciones de los trópicos, al frente de las cimas nevadas de los Andes, formando esos variados contrastes, mezclados de lo sublime y de lo bello, que el Omnipotente ha colocado en la más perfecta armonía, llenando el alma de imágenes tan elevadas como interesantes, de modo que por ellas nos elevamos a la contemplación de las cosas invisibles, como dice San Pablo; así es que aunque el obispado tiene varias parroquias al sur de Popayán, en la costa del Pacífico, en el Chocó y en el Estado del Tolima, la mayor parte se encuentran en las cabeceras y en la hoya del hermoso río Cauca.

8—El obispado de Popayán tiene en los doce municipios que son la mayor parte del Estado Soberano del Cauca, y en el del Tolima, diez y ocho vicarías, que hoy son: Atrato, Bolívar, Buga, Caldas, Cali, Cartago, Garzón, Micay, Palmira, Pital, Popayán, La Plata, Roldanillo, San Juan, Santander, Supía, Timaná, Tuluá.

9—En esta vicaría tiene ochenta y tres parroquias y curatos, divididos de este modo:



Vicaría de Atrato—Bebará, Lloró, Quibdó, Tebaida o Muxi.

Vicaría de Bolívar—Bolívar, La Cruz, Mercaderes.

Vicaría de Buga—Guacarí, Guzmán, San Pedro.

Vicaría de Caldas—Almaguer, Rosal, La Vega de Pansitará.

Vicaría de Cali—Cali, San Nicolás, Jamundí, Yotoco, Yumbo, Salado.

Vicaría de Cartago—Ansermanuevo, Cartago, Naranjo, Zarzal o Santa Librada, Santa Rosa de Gabal.

Vicaría de Garzón—Garzón, Jagua, Gigante.

Vicaría de Micay—Anchicayá, Buenaventura, Micay, Timbiquí, Cajambre.

Vicaría de Palmira—Candelaria, Celandia, Florida, Palmira.

Vicaría del Pital—Agrado, Guadalupe, Pital, San Antonio del Hato, Santa Librada, Suaza.

Vicaría de Popayán—Cajibío, Dolores, Jimena, Julumito, Paniquitá, Patía, Popayán, Puracé, Silvia, Tambo, Timbío, Tunía.

Vicaría de La Plata—Calderas, Inzá, La Plata, Paicol, Vitoncó.

Vicaría de Roldanillo—Pescador, Riofrío, Roldanillo, Toro, La Unión.

Vicaría de San Juan—Nóvita, Noanamá, San Pablo, Sipí, Tadó.

Vicaría de Santander—Buenosaires, Caldono, Celandia, Jambaló, Santander, Toribío.

Vicaría de Supía—Ansermaviejo, Riosucio, San Juan de Marmato, Supía.

Vicaría de Timaná—Elías, Pitalito, Timaná.

Vicaría de Tuluá—Bugalagrande, Tuluá.

10—El clero de esta diócesis, hasta los pontificados de los ilustrísimos señores don Angel Velarde y doctor don Salvador Padilla, era numeroso y muy ilustrado, pero la separación del obispado de Antioquia en 1825, y últimamente la de Pasto en 1859, disminuyó considerablemente su número. Así es que de los que halló el ilustrísimo señor Torres en 1856 cuando tomó posesión del obispado, han fallecido ochenta y siete, y como el señor Torres no ordenó sino doce, después de instruirlos y probarlos en el Seminario, bien distante de aumentarse se han disminuido con los que han muerto después del fallecimiento del señor Torres. El número de eclesiásticos que tenía la diócesis en 1870 era de ciento cuarenta y cinco, en esta forma:

El ilustrísimo señor obispo.....	1
Cinco canónigos o capitulares.....	5
Curas párrocos propios.....	23
Curas párrocos interinos.....	55
Eclesiásticos sueltos en el país.....	57
Eclesiásticos en el extranjero.....	4
Total.....	145

Del clero regular no quedan sino cuatro religiosos de la orden de San Francisco, tres curas interinos y un coadjutor y tres religiosas profesas, dos de la Encarnación y una del Carmen, que se quedaron en esta ciudad cuando marcharon a Quito las religiosas exclaus-

tradas por hallarse imposibilitadas para viajar. Aunque hay en el obispado ochenta y tres curatos, sólo aparecen setenta y ocho provistos de párrocos, pues los cinco restantes sirven en las aldeas que aún no están erigidas en parroquias, como son la Aldea de María, Boquia o Nueva Salento, Pereira, Arrayanal y la población de las márgenes acuende el río Guapi, aunque allí hay eclesiásticos que las administran y cuya población se va aumentando considerablemente.

11—La población de este obispado según el censo levantado en 1866 de orden del gobierno del Estado era de doscientos ochenta y ocho mil cuatrocientos veinte y seis individuos, repartidos en los doce municipios que forman la diócesis en esta parte del Estado del Cauca. Mas como la diócesis tiene también trece parroquias en las vicarías de Garzón, Pital, La Plata y Timana, en el Estado del Tolima, para saber con exactitud el número de individuos que componen toda su población, a los que se hallan en los doce municipios de este Estado se unen en orden alfabético los existentes en las cuatro vicarías del Tolima, que según el censo levantado en 1852 de orden del gobierno de la Confederación granadina (Nueva Granada) ascendían a treinta y cuatro mil cuatrocientos cincuenta y dos individuos, el total de la población en las diez y ocho vicarías es de trescientos treinta y ocho mil doscientos ochenta y ocho, así:

1 Atrato.....	23.130
2 Bolívar.....	9.430
3 Buga.....	21.361
4 Caldas.....	18.981
5 Cali.....	17.227
6 Cartago.....	19.265
7 Garzón.....	7.944
8 Micay.....	20.981
9 Palmira.....	20.727
10 Pital.....	11.703
11 Popayán.....	49.288
12 La Plata.....	7.020
13 Roldanillo.....	27.185
14 San Juan.....	27.043
15 Santander.....	18.832
16 Supía.....	9.448
17 Timaná.....	7.785
18 Tuluá.....	20.831

Total..... 338.288

Esta suma puede aumentarse o disminuirse según el resultado que arrojen los censos de este Estado y el del Tolima que se están practicando en este año de 1870. Publicados que sean se hará el cómputo y se advertirá en el número correspondiente (B).

12—Como el objeto es hacer una relación cronológica de lo correspondiente al obispado, preciso es hablar de las órdenes religiosas que en él ha habido desde su erección, tanto más cuando hoy existen recuerdos muy gratos, ya en las iglesias que ellos erigieron, ya en los conventos en que habitaron. Una ley de Colombia dispuso que todo convento de regulares



en que no hubiera ocho religiosos profesos quedara suprimido, menos los hospitalarios. En virtud de esta disposición fueron suprimidos en Popayán los conventos de Santo Domingo y San Agustín, y maliciosamente se dieron por suprimidos el de padres agonizantes o de San Camilo y los betlemitas, fundación del venerable padre Betancourt en Guatemala para el cuidado y auxilio de los enfermos, pues ambos estaban excluidos por la ley. Los bienes y rentas de los tres primeros fueron aplicados a la instrucción de la juventud y sus iglesias servidas por capellanes presentados por la Universidad, menos el de Santo Domingo, cuyo patronato lo goza la familia Arboleda. En estas iglesias se aplicaban las misas de fundaciones que tenían los conventos, pero reducido su número dos veces, y la última anticanónicamente, casi se han dejado de pagar los estipendios y los que se pagan son muy reducidos; así es que se han dejado de celebrar muchas funciones del culto por falta de estipendios. En Cali se suprimieron los de Santo Domingo, *vendiendo hasta los solares en que estaba construida la iglesia*, y fueron convertidos en escuela de niños el de San Agustín y la Merced. En Buga los de Santo Domingo y San Francisco, y en Cartago el de San Francisco. En esta ciudad el de los reverendos padres jecuitas, expulsados el 20 de agosto de 1767, se erigió en Colegio Seminario fundado por el ilustrísimo señor don Francisco de la Serna y Riomaga, noveno obispo de esta diócesis (véase el número 199). El de Santo Domingo fue destinado para Universidad de estudios y duró desde noviembre de 1827, en que se estableció, hasta que se convirtió por el congreso de la Nueva Granada en Colegio provincial, suprimiéndose los grados académicos. Después se le dio el nombre de Colegio Mayor, y con él subsiste hoy bajo la inmediata inspección del gobierno del Estado (C). De esta Universidad han salido hombres distinguidos en la iglesia, en la milicia, en el foro y en muchos destinos públicos. El de San Agustín fue reedificado de nuevo para escuela de niñas, que hoy existe con mucho aprovechamiento del bello sexo. El de San Camilo, destinado siempre para cuartel, hoy está en ruina (D). En Cali el convento de San Agustín fue convertido en colegio de estudios, dedicado a Santa Librada, en recuerdo del 20 de julio de 1810, en que se proclamó la independencia en Santafé. El de la Merced sirve de beaterio a las mujeres recogidas que lo habitan. El de Santo Domingo de Buga sirve de colegio, lo mismo que el de San Francisco de Cartago.

RELIGION DE SANTO DOMINGO

13—Según el orden cronológico, resulta que el convento de la orden de predicadores o de Santo Domingo fue el primero que se fundó en Popayán. Esta orden esclarecida tiene la gloria de haber sido la primera que en el nuevo mundo predicara y enseñara a sus aborígenes la verdadera fe de Jesucristo. Sus hijos fueron también los que pusieron coto a los conquistadores de las Indias, declarándose decididos protectores de la infortunada raza conquistada. Tanto en el Perú como en tierra firme convirtieron a millares de idólatras, y en el Nuevo Reino de Granada hicieron lo mismo, pues de esta orden fue que se establecieron conventos de religiosos, cuyo principal objeto era la predicación del evangelio entre los gentiles. Conquistado el Nuevo Reino por el licenciado Jiménez de Quesada para el monarca de España, se pensó también en conquistarlo para la religión y los soldados para tan heroica empresa fueron humildes religiosos. De la isla Española salieron varios religiosos dominicos conducidos por fray Tomás Ortiz, quien hizo al emperador Carlos V una relación muy curiosa de la vida, leyes, costumbres y ritos que observaban los indios idólatras en 1525. El emperador lo presentó para el obispado de Santa Marta; según fray Alonso Fernández, ya gobernaba esa iglesia en 1538 como su quinto obispo y sucesor de don Juan Fernández de Angulo.

14—Por muerte del ilustrísimo señor Ortiz fue nombrado obispo de Santa Marta el ilustrísimo señor don fray Martín Calatayud, monje jerónimo. A éste sucedió el ilustrísimo señor don fray Juan de los Barrios, religioso de San Francisco, séptimo obispo de Santa Marta y primer arzobispo de Santafé; así lo escribe el maestro Gil González Dávila en su *Teatro eclesiástico de las primeras iglesias de Indias* (obispos de Santa Marta). Con el señor Calatayud vinieron, no a Santa Marta sino a Santafé, varios religiosos de Santo Domingo en 1546, dirigiéndose a esta ciudad desde el Cabo de la Vela; estos religiosos comenzaron a hacer fundaciones de sus conventos en Tocaima, Santafé, Vélez y otros lugares dependientes al principio de la provincia de Santa Cruz de la isla Española, y erigida la de San Juan Bautista en el Perú, se les puso bajo su dependencia. Fundados después muchos conventos en varias ciudades del Nuevo Reino, se mandaron establecer en la gobernación de Popayán, aun cuando era entonces absolutamente independiente del Nuevo Reino.

(Continuará)





**FUME SOL,
Pierrot, Vampiros
y Orientales.**

**TOME chocolates
Cruz Roja y
Bandera y cervezas
Condor y Sajonia.**

**USE fósforos Radio
y chupe confites
Estrella.**

Unicos agentes,

Angel Mejía B. y Cía.



HIPOLITO CASTRILLON M.

POPAYAN

**Avisa a su clientela que ha trasladado
su almacén y talleres de sastrería a su
casa de habitación,**

FRENTE AL TEATRO MUNICIPAL.

**Nuevo surtido de paños ingleses, úl-
tima moda.**

**Cuenta con operarios recientemente
llegados de Quito.**

ROPA COSIDA A MANO.

GARANTIA ABSOLUTA.



«POPAYAN»
LA REVISTA MAS
ANTIGUA DEL
OCCIDENTE
COLOM-
BIA-
NO

Dn Eduardo
Rosada,
Bogotá.

*Lo que quedo de
venir aqui?*

*Castro 5
Diego 5
Torres 1
Fab. 2
Lef. 3
V. 1
C. 1*